



¿Quieres saber el destino reservado á tu reino?

## LA CAMPANA DE LAS TRES. (1)

### LEYENDA

DEDICADA POR EL AUTOR A SU QUERIDA TIA, LA EXCMA. SEÑORA  
DOÑA ROSARIO SANCHEZ DE LA FUENTE.

#### I.

Ya hacia tiempo que la ciudad de Granada se encontra-

(1) Este artículo corresponde á una preciosa novela histórico-  
25 de Julio de 1850.

ba sumida en las tinieblas de la noche. La oracion de *alajá* (1) era dada y las calles aparecían desiertas y silenciosas. Los turbulentos moros que por segunda vez habian alzado

crítica, que con el título de *Casos y cosas*, es á concluyendo de escribir su jóven autor. Nosotros que hemos leído parte de ella, podemos asegurar que nada deja que apleger, tanto en los raros episodios de su argumento, como en su estilo correcto, facil y elegante, siendo la mas bella composicion del autor de las *Tradiciones granadinas*.

(1) Muy entrada la noche.

TOMO VIII. 19



por rey á Boabdil el Zogoibi, hijo de Muley-Hacen, durante la ausencia de su tío conocido por el *Zagal*, reposaban tranquilos en sus lechos sin pensar en que no estaba lejos el día de su completa ruina.

Era en la primavera de 1491. El estandarte de la cruz, guiado por Fernando V y su augusta esposa; se aproximaba trayendo en pos de sí los valientes capitanes, flor de la caballería española, á poner por décima vez sitio á la última ciudad morisca, el pueblo que había abrigado dentro de sus muros los miseros hijos de otros pueblos, hundidos bajo la vigorosa planta castellana.

Claro y hermoso se dejaba ver el cielo la noche que referimos. Una brisa fresca y suave difundía los perfumes de que se impregnaba al besar las flores de los huertos del Albaicín y esta misma brisa, movía suavemente las tocas de dos moros que envuelto el uno en un rojo y riquísimo alquicel y el otro en un jaike de fina franela blanca, subían lentamente por una callejuela del barrio *Hajeriz*.

Atravesaron silenciosos multitud de calles y placetas, dejando tras sí los floridos cármes que embellecían aquellos contornos y llegaron á la plaza de *Bib-al-bolut*. Fatigado en extremo parecía encontrarse el del blanco jaike, pues su respiración era cada vez mas penosa, lo que notado por su compañero, le hizo parar cuando llegaron al centro de la plaza y le dirigió con firme y dulce voz estas palabras.

—Descansa un momento, buen Josef, me olvidaba que los galgos de cien ojos no pueden trepar la montaña al par de los que solo han oído pocas veces el cuerno de batida.

—Y mayormente si los colmillos del jabalí, han hecho mella mas de una vez en su cuerno, respondió el llamado Josef, dejándose caer al suelo. Perdona, señor, añadió sentándose, si cometo en tu presencia tamaña acción, pero me será imposible seguirte como no repose un momento de esta suerte.

—Mi cariño hacia ti, te releva de toda ceremonia;... descansa en hora buena, puesto que te lo he permitido.... pero dime, ¿nos queda mucho que correr para llegar al fin de nuestra expedición?

—No mucho, señor, no mucho.

—¿Y crees que estará el mochuelo en su nido?

—Nunca lo abandona. El sol lo sorprende en sus meditaciones y su última mirada al hundirse en el ocaso, lo ve sumergido en profunda abstracción.

—De modo que esta misma noche.... voy á saber....

Una viva agitación que no pudo reprimir el compañero de Josef le impidió continuar.

—Prosiganos, señor, este corto descanso me permite seguir: dijo á este tiempo Josef levantándose.

—Guía, pues, contestó únicamente el otro, y ambos volvieron á ponerse en marcha. Siguiéron la plaza adelante, desviándose de los murallones del castillo de *Hinznarroman*, y al cabo de media hora, durante la que volvió á cansarse demasiado Josef, llegaron á una sucia y angostísima callejuela donde era imposible la entrada de dos personas á la vez. No tenía salida y reinaba en ella la mas profunda oscuridad.

—Entra, señor, dijo Josef, cediendo el paso á su compañero, hemos llegado. Esta calleja es el término de nuestra marcha.

—Guía, guía tú, contestó aquel con voz algo temblorosa, y entró en la callejuela precedido de Josef.

Dieron media docena de pasos y se detuvieron al fin por que habían llegado al muro que cerraba la salida. Sacó en

tonces Josef un silbato, y le hizo sonar dos veces de un modo extraño.

Un ruido sordo dejóse oír á poco á la derecha de los moros y se iluminaron de pronto las aberturas de una vieja puerta que á favor de aquella claridad se vió tras de un arco ojivo. Poco despues giró sobre sus goznes y apareció en el umbral un negro con una lamparilla en la mano.

—¡Eb-Bonaben! dijo entonces Josef.

Inclinóse el negro al oír este nombre y retiróse á un lado dejando el paso libre.

—Entremos, señor, esta es la casa, continuó Josef dirigiéndose á su compañero.

Entraron los moros, cerróse el porton tras ellos con grande estrépito y la calle volvió á quedar envuelta en la mas densa oscuridad.

## II.

Por un callejon estrecho y largo, condujo el esclavo á los musulmanes á un patio grande y de irregular figura. Una escalera de desmoronados peldaños se encontraba frente al callejon, por la que subieron, no sin penoso esfuerzo del viejo Josef. La escalera daba á un corredor oscuro desde el que se veía el estrellado firmamento. Siguiéron el corredor. Una puerta, que mas parecia ventana por la desmesurada altura de su escalon, fué abierta por el negro, volviéndola á cerrar con cuidado, luego que por ella penetraron.

Una señal del conductor les dió á entender que esperasen en aquel sitio, y desapareció por una escalerita abierta en el muro de la derecha dejando á los moros en las mas espantosas tinieblas.

—Por Mahoma, que precauciones son las que el sábio gasta! exclamó mal humorado el que acompañaba á Josef. Ni el mismo Boabdil usa de tanta ceremonia para recibir en su palacio.

—Culpa solo, señor, á tu capricho, contestó el viejo, si te hacen sufrir tamañas impertinencias. Bastaba únicamente la mas leve indicación tuya para que este sábio esperase el momento oportuno de verte en lugar de ser tú el que aguardaras.

—Silencio, Josef, ya te he comunicado mi designio. No quiero que la adulación influya en lo que oír me prometo.

—Cúmplase, pues, tu voluntad.

El ruido de pasos y los reflejos de una luz que á este tiempo penetraron por la escalera, dieron á conocer la vuelta del esclavo.

Bajó este al último peldaño y desde allí les hizo señas para que le siguiesen. Subieron la escalera con no poco trabajo, pues era de caracol y bajísima de techumbre, y se hallaron al fin de ella en una pieza cuadrilonga alumbrada por una lámpara de toco barro. Una alfombra morada y de burdo vellón que cubría el pavimento era el único mueble que le adornaba. Al extremo de la pieza un arco con bonitos calados y sostenido por una columna de marmol negro daba entrada á otro departamento. Una cortina de seda del propio color de la alfombra, cubría el arco. Alzóla el negro con la mano derecha y con la siniestra indicó á los moros que pasasen. Hicieronlo así, pero no bien sus plantas habían pisado aquella estancia, el mas súbito terror apoderóse de sus ánimos, especialmente del compañero de Josef.



Sus ojos se habían fijado en un hombre, cuyas facciones desaparecían bajo una lengua y entrecana barba sobre la que brillaban dos ojos verdes entre unas órbitas rojas. Un gorro negro y en forma de pirámide cubría su cabeza á estilo de coraza, y su cuerpo se ocultaba entre los vastos pliegues de una larga y ancha túnica también negra. Estaba sentado en un banco de tijera, y sobre sus rodillas descansaba una tabla blanca y delgada en la que imprimía triángulos, círculos y extraños signos con un compás. Un ajimez sin celosía abierto á su frente, dejaba ver el cielo donde tenía fijas sus miradas. Multitud de huesos humanos sembraban el suelo de esta horrible habitación y la flamigera y humeante llama de una resinosa tea colocada en la columna vertebral de medio esqueleto, despidiendo un olor sofocante y nauseabundo, hacia blanquear aquel terrible osario dando de lleno sobre tres cráneos iguales, que puestos con escrupulosa simetría uno sobre otro formaban un espantoso grupo en un rincón de la estancia.

Al ruido que hicieron los árabes al entrar, volvió lentamente la vista hacia ellos el rey de tan lóbrego recinto, y les dijo con voz sorda y pausada sin moverse de su asiento.

—Bien venidos, hijos de Ismael. Decidme qué es lo que esperáis de este olvidado y despreciado viejo, para que vengáis á distraerle de sus estudiosas meditaciones.

Largo tiempo pasó antes que ninguno de los dos moros pudiese contestar. El pavor los tenía mudos. Jusef fué el primero que rompió el silencio diciendo:

—Respetable Eb-Bonaben, no te hallas tan desdénado de los hombres como piensas. Prueba de ello es, y poderosa, que tu fama ha volado por toda la ciudad y movido más de un deseo de consultar tu sabia penetración. Adivinas el porvenir de los pueblos y de los hombres... y...

—Viejo! interrumpió el astrólogo con gravedad, no adivino, leo. Hay un libro celeste, un libro grande donde con claros caracteres escrito se halla el destino de todo. Cada pueblo tiene su página, cada ser su periodo.

—¿Y dónde se halla ese libro? preguntó con verdadera emoción el que acompañaba á Jusef.

—Allí, contestó sentenciosamente Eb-Bonaben, y señaló con su diestra el límpido azul del cielo.

—Pues bien, exclamó después de un momento de silencio, oye, sabio; oye lo que á decir voy, y lee luego tu respuesta en el libro de los destinos. Yo soy un buen creyente, celoso como ninguno de las glorias de su pobre pueblo, terrible y prepotente un día, y hoy abatido y casi destrozado. Cien reyes ondeaban su musulmánico estandarte en las innumerables torres de sus dominios, y ahora solo un puñado de valientes defienden el Korán, en la única, aunque valerosa fortaleza que ha resistido el embate de otros tantos monarcas enemigos. Granada con sus mil trescientas torres, hace frente al devastador impulso castellano, y si llegan á vacilar sus cimientos, se hundió para siempre en España la ley del santo profeta que adoramos. Ahora bien, sabio de los sabios, yo he tenido un sueño siniestro, fatal, un sueño que presagiaba desastrosos males á nuestra causa, y quiero conocer el destino que á este pueblo tiene señalado la poderosa mano que lo rige. Habla, lee en ese gran libro que á ti solo es dado descifrar, y dime lo cierto que pueda haber en mi sueño.

Calló el muslim y la ansiedad más viva se pintó en su rostro medio cubierto en el rojo alquicel.

El fatídico personaje de la barba que había escuchado con grave atención al moro, lo miró un momento con sus verdes y pequeños ojos, dejándose sentir en aquel la terrible influencia de esta mirada, pues bajó al instante los suyos como abrasados por los destellos que despidieron los del mago. Después los dirigió al cielo, contempló largo tiempo los hermosos luceros que tachonaban el espacio, pasó luego la vista por toda la estancia, y volviéndola á fijar por último en el moro del alquicel, le dijo señalándole con su dedo el estrellado firmamento:

—¿Cuántos puntos luminosos ves en ese círculo que desde aquí te trazo?

—Tres, contestó después de haber mirado.

Bajó la mano entonces Eb-Bonaben poniéndola en dirección de un extremo de la estancia.

—¿De cuántos cráneos consta el grupo que se vé blanquear en aquel sitio?

—De tres, respondió admirado el árabe.

—¿Y cuántos nos hallamos aquí? volvió á preguntar el sabio con voz de trueno.

—Tres, contestó aquel cada vez más sorprendido.

Permaneció el astrólogo un momento pensativo, y luego añadió:

—Hijo del Islam, ¿conoces por ventura el modo que los nazarenos tienen de contar el tiempo perdido? ¿sabes el nombre que dan á la oración que canta nuestro mueden desde el alminar de la plaza de la mezquita, después de haber pasado el sol la mitad de su diurna carrera? Pues escucha, muslim, llaman á esa hora el número que por tres veces me has repetido.

—¡Las tres! exclamó el moro sin comprender las palabras del viejo y ¿qué quieres decirme con eso?

—¡Imbécil naturaleza! contestó el mago con el más marcado desprecio. Cómo, ¿no te dice tu propio instinto, ya que no tu corazón, que ese número ha de ejercer una fatal influencia sobre tu misera vida? ¿No se estremecen las fibras de tu cuerpo al sonido de esa voz?

—¡Mago! exclamó un tanto inquieto el joven árabe, el deseo de mi consulta solo alcanza á la monarquía musulmana, y de ninguna manera se estiende á mi persona. Vé derecho al asunto para que me sirva de ti.

Brillaron con siniestro fuego los verdes ojos del anciano, y fijando en el moro una mirada terrible, contestó con calor:

—¿Y quién te dice, presuntuoso joven, que me desvío del punto sobre el que necesitas de mi ciencia? ¿Por ventura no eres tú esa monarquía que tanto te interesa su conservación?

Para mi saber de nada sirven las ficciones, ¿piensas que no he reconocido bajo ese rojo alquicel la persona de Boabdil, mezquino y cobarde rey de Granada?

—¡Miserable! exclamó Boabdil (pues no era otro el compañero de Jusef) encendido de coraje, viéndose descubierto, y al oír además los dictérios del astrólogo.

—¡Silencio! contestó el viejo, levantándose con magestad y estendiendo hacia Boabdil una imperativa mano, silencio, usurpador de tronos, parricida infame, ten esa lengua traidora y escucha tu sentencia.

Era tal la fascinación que el misterioso anciano ejercía en aquel momento sobre Boabdil y Jusef, que estaban como anonadados, sin ser dueños de la más leve acción.

Adelantóse El-Bonaben lentamente hacia Boabdil diciendo con atronador acento:



—¿Quieres saber el destino reservado á tu reino? Pues vas á oírlo de boca de un amigo del viejo Hacen tu padre, á quien has muerto á pesadumbres arrebatándole el trono... á tu padre que te quería, y....

—Mientes. Eb-Bonaben, mientes, interrumpió con audacia Josef, la sangre del esclavo Atar-lik aun humea sobre el pavimento del real palacio para desmentirte. ¿Qué hubiera sido de Boabdil á no escapar por la ventana protegido por su madre Aixa? Córrido hubiera la suerte de sus hermanos asesinados alevosamente por el libertino Hacen.

—Te engañas, Josef, te engañas; jamás el padre tocaría á su hijo querido; si embriagado aquella fatal noche por el venenoso amor de Zoraya, parecia atentar contra Boabdil.... hubiera á su vista pasado aquel sanginario vértigo como una exalacion en noche serena.... ¡ay! harto lo sé, pues era su confidente, su amigo, pero.... escucha, hijo maldito... cada dia que pasa quita un florón á tu corona: Málaga, Alhama, Loja, Baza, Velez.... y cincuenta pueblos mas han caído en poder del cristiano.—Van cortando las ramas del árbol para herir con mas seguridad el tronco..... Ya un poderoso ejército capitaneado por las mas valerosas lanzas de Europa, se dirige á la vega, á tu vega tan florida y fértil que verás talada y cenagosa por la sangre de los tuyos.... Granada será de los nazarenos, y su rey, el que ha derribado á otro para sentarse en su puesto, no perecerá en la lucha á muerte que ha de trabar el coloso cristiano con los restos del imperio musulmico, no, no morirá defendiendo su patria, porque es cobarde, sin honor, y la entregará á sus enemigos; y cuando en el ejército cristiano sea llegada un dia la hora de las tres, el *Mueden* no cantará la oracion de *alazar*, (1) porque el estandarte católico ondeará en las almenas de Granada; y su rey abatido y destronado, arrastrará la cadena de esclavitud con que le aherroje el rey cristiano.... y oirá en su derredor: *¡Las tres! ¡Granada por Castilla!* y zumbarán en sus oídos estas terribles palabras, que continuamente le pondrán delante de sí su oprobio y deshonor... pero no morirá tampoco, porque carece de corazon y vergüenza y no minará su torpe vida semejante baldon.... Ya estás servido, Boabdil, no ignoras el destino que cabe á tu reino. Márchate luego, nada aquí tienes que hacer.

Calló el mago. Un silencio sombrío sucedió á sus aterradoras frases. Levantó Boabdil los ojos que bajos permanecieron hasta entonces, y se encontró con la amenazadora vista del astrólogo fija en él y su diestro brazo estendido en direccion de la puerta.

—Salid, volvió á repetir con voz hueca y retumbante.

Y como obedeciendo á una fuerza superior salieron de la fatal estancia con la cabeza inclinada y sin desplegar los labios.

El negro los esperaba en la sala de la morada alfombra con la lamparilla en la mano. Volvieron á cruzar callejones y á descender por las tortuosas escaleras que antes habían subido hasta que llegaron á la puerta de la callejuela. Descorrió el esclavo un enorme cerrojo y salieron de la casa de Eb-Bonaben.

Tomando entonces el mismo camino que trajeron bajaron el Albaicin, y despues de un cuarto de hora llegaban á divisar los centinelas de la *torre de los Picos*. La aurora hacia entonces replegar el manto de la noche, y los pájaros del bosque saludaban su claridad.

(1) Media tarde.

Nada habian hablado durante el camino rey y vasallo, ambos pensaban en la horrorosa predicción del mago.

Rodearon la fortaleza, y llegando á la torre de los Siete suelos abrieron de par en par las ferradas puertas á una seña de Boabdil; mas antes de penetrar por ellas, detuvo éste á su compañero, y llevándole á un lado y poniéndole en los oídos su boca, le dijo con una voz casi imperceptible:

—Mañana será talada la guarida del mochuelo, y ni las plumas de sus alas han de hacer sombra en las ruinas. Su graznido no ha de oírse jamás, ¿lo entiendes? así lo quiere el rey.

—Mañana morirá el astrólogo, fué la respuesta de Josef. Y ambos entraron en la Alhambra.

### III

Han pasado siete meses durante los cuales el imperio agareno de España iba socavándose poco á poco y tocaba ya á su término. El ejército cristiano, estendido en la ancha vega granadina, se habia apoderado de todos los pueblos vecinos á la ciudad y ceñia á ésta con un duro y tenaz sitio. Varias negociaciones habian sido entabladas entre Boabdil y Fernando para la entrega, que no se llevaron á efecto por la irresolucion del monarca árabe, pues ni queria desprenderse del trono por medio de una transaccion honrosa, ni arriesgar el todo por el todo en una decisiva lucha. Aguardaba continuamente socorros del rey de Fez, segun se lo habia prometido, y estos socorros los esperaba siempre, aunque nunca venian.

Cansado ya el rey católico, viendo lo mucho que se retardaba la conquista de una plaza, tanto mas deseada cuanto que era la única flor que faltaba á su corona real, se resolvió á hacer la última tentativa de negociacion, con firme propósito, si fracasaba como las anteriores, de tomar la ciudad de una vez, no obstante el derramamiento de sangre que hubiese, dando de este modo el mas completo gusto á sus bravos capitanes, que se fastidiaban estremadamente de la quietud que tenian.

Volvió Boabdil á aceptar como las otras veces la propuesta que se le hacia, siempre que le conviniesen las condiciones, lo cual sabido por Fernando, llamó á su secretario don Hernando de Zafra, y en la ciudad de Santa Fé, ya hecha de materiales, empezaron á estender el convenio.

Saben los moros que su rey trataba seriamente de capitulaciones, y previendo la suerte que les esperaba si tal designio se cumplia, empiezan á disgustarse, y creciendo por instantes en los valientes la indignacion al ver que iban á ser vendidos por el rey que ellos mismos aclamaron, se amotinan, y llevando á su cabeza uno de los mas atrevidos, corren por las calles gritando:—A las armas, á las armas, compañeros, que nos vende el rey!

Tal estado tenian las cosas un dia del mes de diciembre de 1491. Acababa de llover y un ceniciento cielo daba un tinte sombrío al salon de Comares, donde se hallaba á la sazón el rey de Granada con su visir Josef.

Macilento en verdad tenia el rostro Boabdil, y dos manchas cárdenas que en sus mejillas se mostraban, eran evidentes señales de sus penosas vigiliás, atormentado por los males sin cuento que amenazaban su trono y su persona.

—Josef, mi querido Josef, decia el infeliz con la mas grande amargura, tú que sabes el estado á que estoy reducido,



tú que conoces los ningunos medios con que cuento para salir de este conflicto, ¿qué puedo hacer? ¡triste de mí! si todo se conjura contra este miserable monarca, si el África me abandona, descuidando el mandarme los socorros que prometió, ¿qué me es dado disponer?

—Terrible posición, á la verdad, es en la que te encuentras, señor, contestó melancólicamente el visir. Alá no escucha el ruego de los buenos musulimes y Eblis parece que agita sus alas infernales en torno de tu trono.

—¡Ay Josef! mi corazón lo oprime angustia tan horrible que casi lo siento reventar bajo su peso. Escucha, mi buen amigo: esta noche vendrán á proponerme las condiciones con que me invita el rey Fernando para la entrega de la ciudad. ¡Ah! mi ciudad adorada.... en manos extranjeras .... mi sólo conquistado á fuerza de tanto sangre.... de tanta guerra, cederlo como quien se desprende de una alhaja creyendo hallar lucro en su cambio.... ¿y por qué cambio mi poder?... Santo Alá, ¿por qué? lo ignoro.... mas por grandes que fuesen las ventajas que me ofrecen, ¿serán comparables todas juntas al valor de mi trono?....

—¿Pero estás resuelto á la transacción sean cuales fueren las condiciones que te impongan?

—Si, resuelto estoy. Las condiciones serán aceptables...., tal me han asegurado los nazarenos. No hay remedio, es necesario ceder; mas tarde tal vez no sería tiempo. Marcharé á Fez. Mi presencia despertará la compasión y lograré quizá reunir un ejército capaz de volver á conquistar á mi ciudad querida, mi rico tesoro, y ¿quién sabe? Perdida fué la España por don Julian y nada extraño sería el hallar otro don Julian que me ayudase á recobrarla. Soy joven y...

Unos desaforados alaridos que sonaban hácia los cármes del Hajeriz interrumpieron al rey. Asomóse al aljamez que da al Dauro y vieron sus ojos no sin grande espanto una turba de moros que avanzaba hácia la Alhambra con los alfanges desnudos y la ferocidad pintada en los rostros. El aire llevaba hasta allí sus terribles gritos repitiendo: *muerá el rey! muerá el vil que nos vende; la muerte antes que entregarnos!*

El pálido semblante de Boabdil tomó entonces una expresión cadavérica. Gerró de golpe la ventana de celosía y se tiró al suelo, mesándose de dolor su lengua y rubia barba.

—¡Ah! exclamó en el colmo de su pena, ¡ojalá, que antes hubiese capitulado y no me hallaría en peligro semejante!... vienen, ¿y qué va á ser de mí?

El apego que Boabdil tenía á su vida, lo hacia aparecer cobarde.

—Tranquilízate, ¡oh infortunado rey! exclamó el viejo Josef; si resuelto te hallas á capitular, es necesario que arrostres por todo y te presentes á las turbas cuando lleguen, prometiéndoles que no harás semejante cosa. Fácil te será engañarlos y apaciguar de este modo el tumulto.

—¡Ah! contestó Boabdil con el mayor abatimiento, no basta entregar la ciudad, si no que también es necesario cubrir mi frente de oprobio por medio de un engaño! —¡Eb-Bonaben! ¡Eb-Bonaben! ¿qué espíritu de desolación te puso en mi camino? Pero no tienes tú la culpa—no—fui yo el que á buscarte fué.—¿Por qué no feneci en aquella fatal noche á manos de mis enemigos, antes de que pisara tu nauseabundo rincón?—¡Las tres!—me dijiste con tu agonizante y sepulcral acento.... ¡Las tres! te perseguirán do quiera que te encamines, por que ese número habrá de ponerte delante tu

deshonra! ¡Maldito seas mil veces, viejo infernal!—desde aquella noche has marchitado mi juventud, y esa fatídica palabra me roba los momentos de reposo, pero no me la repetirás mas, no te gozarás en mi suplicio, espíritu del mal!... Josef, Josef, ven acá, continuó Boabdil con delirante voz, ¿no es verdad que la guarida de ese miserable fué presa de las llamas? Dimelo, dimelo, necesito oírlo de tu boca una vez y ciento.

Y al decir estas palabras se revolcaba en el suelo el triste rey rasgándose sus vestiduras.

—Descansa, señor, respondió el visir, yo mismo, según te he repetido varias veces, dirige la cuadrilla que taló aquella casa la noche siguiente á la en que me hiciste saber tu mandato.

—¿Y estás seguro de que sucumbió Eb-Bonaben?

—Aun humean las tostadas ruinas de la mansion maldita. El viejo pereció entre ellas.

Un grande estruendo dejóse oír en esto á las puertas de palacio, y pocos instantes después un Zenete entró precipitadamente en el salón.

—Rey magnánimo, una turba de revoltosos ha llegado á las puertas del alcázar y amenaza llegar hasta aquí, arrollando tu propia guardia.

Así exclamó con inquietud el africano. Acercóse Josef al rey y le dijo con presteza:

—Sal, señor, preséntate á ellos y asegúrales que tendrán guerra á muerte primero que la plaza se rinda. Esto conviene.

Pálido cual un espectro, salió Boabdil de la estancia apoyado en el hombro de su favorito.

Al cabo de cortos momentos volvió á entrar Boabdil en el salón de Comares, y arrojándose de nuevo contra el pavimento alfombrado de riquísima tela, cubrióse la faz con ambas manos y dió libre curso á su aflicción. Josef lo contemplaba con visibles muestras de interés.

—Ya lo has visto, dijo, creyeron las palabras del león, y aquel rebaño de tigres se convirtió en mansas ovejas con solo la presencia del rey.

—Si, contestó éste, pero ha sido necesario una infamia, la infamia de que me habló el horrible mago.... y todo, todo vá á realizarse...!

Tranquilízate, señor, desecha tan negra idea, que nunca será buen musulim quien no haga frente con entereza á los sinsabores del destino.

Algo mas tranquilo Boabdil por efecto de los continuos consuelos que el visir le prodigaba, lo llamó cerca de sí diciéndole:

—¡Cúmplase la voluntad de Alá! Escucha, Josef. Apenas hiera tus oídos la oración de *almagrib* (1) saldrás de la Alhambra y pasando la puerta de *Bib-Taubin* llegarás al mirab (2) de los Morabitos, y recibiendo allí á los mensajeros que de mi órden marcharon al real cristiano esta mañana, con los castellanos que el rey me manda para tratar de la entrega, los conducirás con el mayor recato por la puerta de los *Siete suelos* á la *torre delos Picos*. Dentro de ella estaré yo y quedará realizada la predicción de Eb-Bonaben.

Dichas estas palabras, salió Boabdil del salón.

—¡Siempre ese fatal nombre! exclamó Josef con dolor

(1) Al anochecer.

(2) Oratorio.



viendo marchar á su rey. En mal hora quisiste, desgraciado creyente, buscar la realidad de tu sueño!

Y salió también de la sala.

## IV.

Preciosamente decorada se hallaba una linda habitación de la *torre de los Picos*. Cubrían sus paredes trabajosos y finísimos calados, despidiendo brillantes destellos la filigrana de sus embutidos y las piedras y corales entretegidos en la blanda y suave alfombra pérsica que tapizaba el suelo. Contribuía á realzar estos adornos el perfume delicioso que emanaba de cuatro *braserillos de oro* colocados en los ángulos del aposento.

Era de noche y la brillante luz de una lámpara de plata de aromático aceite, colocada en el centro, alumbraba perfectamente aquel oriental recinto.

Retratada en el rostro la mas profunda angustia y en actitud de escuchar la lectura que iba á dar principio un caballero armado de punta en blanco á la usanza castellana y que sostenia en ambas manos un grande pergamino, estaba un moro cubierto de un manto de finísima tela y sembrado de flores de diamantes y oro. Eran estos el rey de Granada Abu-Abdalla conocido por Boabdil y don Hernando de Zafra, secretario de los soberanos católicos de España don Fernando y doña Isabel.

El favorito inseparable del rey moro, el visir Jusef, se encontraba también detrás de su soberano con los mensajeros que fueron al campo, y presenciando aquel acto estaba igualmente el que acompañara á Zafra en aquella espinosa comisión, el valiente y distinguido capitán don Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Iban á leerse las condiciones que proponían para la entrega de la plaza, redactadas en el real de Santa Fé.

Un profundo silencio guardaban todos, dejando apenas es capar su respiración.

Paseó don Hernando una mirada en torno de los concurrentes, y observando la atención que le prestaban, comenzó su lectura por voz clara y sonora en los términos siguientes:

«Condiciones que por mandado de los muy altos é muy poderosos, é muy esclarecidos principes, el rey é la reina, nuestros señores, son asentadas é concordadas con Abu-Abdalla, rey de Granada, para la entrega de la ciudad.

«Primeramente es asentado é concordado que el dicho rey de Granada, haya de entregar é entregue á sus altezas, pacíficamente é en concordia, realmente con efecto, las fortalezas de la Alhambra é puertas é torres de la dicha Alhambra é del Abaycin é sus arrabales.

«Item, es asentado é concordado que sus altezas é sus descendientes para siempre jamás, dejarán vivir al dicho rey Abdalla, ó Boabdil, é á sus vasallos, é non les mandarán quitar sus almuédanos para que llamen á la oración desde sus torres, ni les tomarán ni mandarán tomar sus armas ni caballos.

(Las demas condiciones estaban tan ininteligibles que no le fué posible al carcelero (1) descifrarlas; solo al cabo de algun tiempo, pudo aunque con trabajo leer su conclusion: decia asi.)

«Dado en nuestro real de la Vega de Granada á treinta

días del mes de diciembre, año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, de mil é cuatrocientos é noventa y un años. Yo EL REY.—Yo LA REINA.—Yo Hernandez de Zafra, secretario del rey é de la reina nuestros señores lo fice escribir por su mandado.»

Concluyó don Hernando su lectura sin que fuese interrumpido durante el trascurso de ella. El imponente silencio con que diera principio, presidió la conclusion. Nadie despegó sus labios.

El pergamino fué presentado por el de Zafra á Boabdil. Dudó este algunos instantes. Aquel sacrificio era inmenso. Decidióse por último, hizo sobre si un esfuerzo sobrenatural, y con temblorosa mano firmó.

—Pronto nos veremos, exclamó el de Zafra, enrollando el pergamino y disponiéndose á marchar. Dios te guarde, y acompañado del de Córdoba, salió de la torre.

Boabdil no pudo hablar: hizo una seña á los suyos para que acompañasen á los caballeros, y así que se vió solo, cruzó las manos al pecho, inclinó la cabeza para ocultar las lágrimas que á torrentes brotaban de sus ojos, y exclamó con desgarrador acento.

—¡Granada! ¡mi bella Granada!.... ¡mi paraíso en la tierra! ¡ya no te veré mas..... te he entregado!.... ¡te he vendido! ya no hay remedio para mí, y cayó al suelo desplomado.

## V.

No tardó en saberse por toda la ciudad la capitulación del rey. Quisieron al principio los amotinados quitarle la vida, pero Boabdil se encerró en la Alhambra donde no podían aquellos penetrar, y poco á poco, los ánimos se fueron calmando, hasta que conociendo que nada adelantaban con su impotente furia, no tuvieron otro remedio que resignarse, engañando sus sentimientos con lo ventajoso de los tratados, puesto que les dejaban en entera libertad.

Serían las doce y media del 2 de enero de 1492, día determinado por los reyes católicos para hacer su triunfal entrada en la última fortaleza del poder mahometano. Encerrados los mas de sus moradores dentro de sus casas, aguardaban con pena la hora en que habían de ser regidos por los cristianos.

Un moro acompañado de algunos otros, esperaba en el campo de Abaul (1) la llegada de las tropas castellanas. Era Aben-Comixa, el alcaide de la ciudad. Los primeros que en aquel sitio se presentaron, fueron el conde de Tendilla que llevaba el estandarte de la fé, el cardenal de España don Pedro Gonzalez de Mendoza, el arzobispo electo de Granada don Fernando de Talavera, el duque de Cádiz don Gutierrez de Cárdenas, y otros muchos personajes, escoltados por cuatrocientas lanzas.

Al verlos Aben-Comixa, se dirigió ellos, según las órdenes que para el efecto tenia, é hincando una rodilla en tierra, les entregó las llaves de la fortaleza.

Después se encaminó la comitiva á la torre mas alta que era la del Sol (2) y allí puestos, el cardenal de España cargó la cruz de su guion. Entonces el conde de Tendilla, trepó el real estandarte, y los reyes de armas gritaron por

(1) Esta historia la lee un carcelero del Santo Oficio, en la novela referida.

(1) Hoy de los Mártires.

(2) Hoy de la Vela.



tres veces: *Granada, Granada por los inclitos reyes de Castilla don Fernando y doña Isabel.*

Los monarcas, su corte, servidumbre y el ejército todo, que formado estaba en la esplanada de Armilla, con los ojos fijos en la torre del Sol, prorumpieron en gritos de entusiasmo al ver ondear al viento el sagrado pendon, y la real capilla entonó un solemne *Te-Deum* al tiempo que la reina doña Isabel y sus damas postradas de rodillas daban gracias al Omnipotente.

Mientras que en el campo cristiano todo era bulla y alborozo, por una de las puertas de la Alhambra, salía otra comitiva con dirección al campo de Abaul, pero en los rostros de los que la componían estaba muy lejos de resplandecer aquel júbilo y entusiasmo con que aparecían los de la anterior. Mustio y cabizbajo marchaba Boabdil (el infortunado) seguido de su madre Aixa. Unos cuantos esclavos con varios caballos del diestro iban á larga distancia.

Moraima, la muger del rey, no le acompañaba; se había convertido á la religión católica desde el suceso del juicio de Dios (1) y su visir Josef quedó en el alcázar para realizar algún dinero y alcanzarlo despues.

Sin haberse dirigido la menor palabra llegaron hijo y madre al mirab de los Morabitos, donde estaba el rey Fernando rodeado de toda su corte. Allí el misero Boabdil, hincó una rodilla ante el otro soberano con el mayor abatimiento. Fernando lo levantó prontamente, y tendiéndole los brazos le dijo con un tono dulce y compasivo:

—Llega á mis brazos, rey digno de mejor suerte; pero ¿qué miro? continuó, viendo llegar á los esclavos con los corceles, ¿te alejas de Granada? Ah, no, quédate; seguirás disfrutando de todas las comodidades que ella te ofrecía; cuanto apetezcas tendrás, pues así lo mandará el rey que te estrecha contra su corazón:

—Gracias, balbuceó Boabdil, te agradezco el buen deseo, pero Granada no puede ya alegrarme. Su vista me entristece y mata. Alá disponga goces del tesoro que te dejó, sin tantas amarguras como este destronado monarca.

Y desprendiéndose de los brazos de Fernando, siguió con su madre el camino que le alejaba de la ciudad.

El rey lo miró marchar con lástima y dirigióse á ella con sus huestes.

Subía Boabdil y su acompañamiento una montaña, la última desde la cual se descubre Granada, y al tomar el sendero que torciendo á un lado la ocultaba enteramente, no fué dueño de sí y volviendo el rostro á la ciudad quiso verla por última vez. Estaba hermosa cual nunca en aquel momento. Un cielo puro y brillante la coronaba..., y un copioso llanto brotó de las pupilas del triste moro.

—¡Adios mi Granada, mi bien, mi tesoro, adios! los sollozos le impidieron seguir y no dijo mas.

Entonces Aixa, que no había despegado los labios en todo el camino, lo miró airadamente y le dijo con dureza:

—Llora, llora, infeliz, como muger, ya que cual hombre no supiste defender la ciudad que pierdes.

No contestó Boabdil á tan severa reprension y fijando luego los ojos en la torre del Sol, vió tremolar otra vez el estandarte de Castilla. Era que el rey don Fernando entraba en aquel momento en la fortaleza de la Alhambra.

Apartó su vista de Granada y se puso á caminar precipitadamente, cuando oyó á varios cristianos que á caballo por aquel sitio venían, las palabras siguientes:

—No es tarde, decía uno á los demas, segun la linea que traza el sol en el monte fronterizo, son las tres... y pasaron de largo no sin haber mirado con alguna curiosidad á Boabdil.

—¡Las tres! exclamó éste asaltado de un horrible pensamiento.

—Si, las tres, y la ciudad entregada por su rey, dijo una voz á sus espaldas.

Volviéronse madre é hijo y vieron á un soldado que les salió al encuentro por aquellos montes.

—¡Eb-Bonaben!! gritó Boabdil espantado.

—Si, contestó el guerrero, si, asesino; yo soy el mismo Eb-Bonaben, que te predijo lo que de cumplirse acaba; el mismo que salvarse pudo del fuego que por tu mandato pusieron á su casa y el mismo que te se aparece ahora para decirte, que estás deshonorado, que tu rostro será escupido por todo buen musulman y que la miserable vida que te resta, será atormentada por una palabra que hará recordarte la ventura perdida y tu eterno oprobio. ¡Las tres!

Al volverse el implacable viejo para marchar hizo tan torpe movimiento á causa de sus pesadas armas, que rodó con espantoso estruendo á una sima que al lado del camino se encontraba, haciéndose mil pedazos contra los picos de las rocas.

Un eco salido del fondo del abismo, llegó claro y penetrante hasta Boabdil, que había quedado inmóvil con el resultado de aquella aparicion.

—¡Las tres! había dicho el eco perdiéndose en el espacio. Era el grito de agonía que Eb-Bonaben exalaba desde el fondo de la sima.

Cogió entonces del brazo Boabdil á su madre admirada de lo que sucedía, y la arrastró consigo hácia adelante poseído de un frenético delirio.

—¿Lo ois madre mia? á las tres se apoderaron de Granada, á las tres!

Los esclavos siguieron á sus dueños y pronto hasta las pisadas dejaron de percibirse.

#### CONCLUSION.

La ciudad de Granada acababa de poner al rey católico en completa posesion de la España. La reina doña Isabel quiso hacer eterna la memoria del último triunfo conseguido por la cruz, mandando que la campana de la primera iglesia que se edificase, diera tres toques todos los dias del año á la misma hora en que el estandarte real ondeó por primera vez en la torre del Sol, y el papa Inocencio VIII á instancia de la misma reina concedió indulgencia plenaria al que en la referida hora y al sonar la campana que tal suceso recuerda, rezase tres *Pater Noster* y tres *Ave Marias*.

JOSE SOLER DE LA FUENTE.

(1) Véanse las Tradiciones granadinas, *La plaza de Bib-rambla* ó *el Ciprés de la Reina*.



## ESTUDIOS DE VIAGES.

### SAN SEBASTIAN Y BIARRITZ.

#### I.

Uno de nuestros colaboradores y amigos nos ha dirigido la siguiente carta, que aunque escrita indudablemente sin intencion de que viese la luz pública, y algo descuidada por tanto, suponemos que no ha de desagradar á nuestros lectores, ya por las curiosas noticias que contiene, y ya tambien

por la pintura ligera y animada que hace de la vida de los bañistas en las dos poblaciones que hemos puesto por epigrafe de estas lineas.

BIARRITZ, JULIO DE 1850.

Querido amigo: cumplo mi palabra de escribir á vd. algo de mi viage, con tanto mas gusto, cuanto que no me falta materia con que entretenerlo. En Madrid nos hacemos ilusion



Vista de Biarritz.

respecto á las delicias de estas expediciones que la medicina ha puesto á la moda, si es que la moda no ha arrastrado tras sí á la medicina, pues sobre este punto no tenzo todavía ideas fijas. Yo que no habia salido nunca á *veranear*, era tambien de los que juzgando por las *revistas* de los periódicos, me habia creado en mi cabeza un mundo de delicias muy distante de la realidad; tan distante, amigo mio, como son diferentes los pastores que nos pintan los poetas en sus libros, de los que luego se encuentran por esos campos de

Dios. Figúrese vd. que he venido en un asiento del interior de la diligencia, porque no hallé cosa mejor, y eso que me anticipé un mes á tomarlo; mi puesto era en el centro, es decir, el peor, pero tuve la fortuna de que mis dos compañeros laterales, fuese un matrimonio un tanto desigual de edad y de figura, pues él, feo y achacoso, pasará de los cincuenta abriles, cuando ella no llega á la mitad, con una cara, un cuerpo y una gracia capaz de trastornar la cabeza al mismo caballo de bronce. Durante el dia primero, cada cual ocupa-



mos nuestro sitio, pero antes de anoecer mi hombre me cedió su asiento de rincon y se colocó en el mio, asegurando que dormia bien en cualquiera parte y obligándome á darle las gracias, no con mucha sinceridad, si tengo de ser franco. Creí al menos dormir tranquilo, pero no habia contado con los vecinos de la banda de enfrente, que era una señora con dos niños y un ama de cria. Las pobres criaturas incomodadas con las molestias del camino, nos dieron una noche de perros que renunció á describir á vd., porque como mas

práctico que yo en punto á viages, supongo que la comprenderá. Nada quiero decirle por idéntica razon tampoco, del insupportable calor que he sufrido ni del polvo que he tragado. Es cierto que aqui se disfruta de una temperatura mas agradable que en nuestra coronada villa; pero ¡y el camino!... servicio de las diligencias se hace con bastante regularidad, y seria bueno si en las posadas diesen bien de comer aunque cobraran mas, y sobre todo con limpieza, pues algunas, en especial las de Castilla, recuerdan todavia los famosos meso-



Vendedoras de pescado en la puerta de España en Bayona

nes que describe Cervantes. Desde Burgos para acá se encuentra mejor servicio, muy justamente ponderado por lo que respecta á España, pero muy distante todavia de lo que debia ser y es en otros paises.

Mi proyecto era quedarme en San Sebastian, pero circunstancias particulares que no es del caso referir, me han decidido á venir á Biarritz, donde me hallo instalado con mucha comodidad, gracias á la poca concurrencia que hay todavia. Dicen que luego aumentará, y yo así-lo espero; mas

TOMO VIII.

no será nunca lo que fué en otro tiempo. La república ha matado á este pueblo, porque ha ahuyentado á los españoles, que por lo visto no quieren ser republicanos ni temporalmente, y que formaban la principal base de su especulación. Los fondistas y las dueñas de las casas de huéspedes están inconsolables, porque los españoles, que en todas partes somos lo mismo, venian aqui á derramar el oro con una largueza verdaderamente española. Este contratiempo es tanto mas sensible á los de Biarritz y Bayona, pues en realidad

20



Biarritz no es mas que un barrio de Bayona, cuanto que ha dado el triunfo á su rival San Sebastian, porque yo no sé si vd. sabrá que ambos pueblos son émulos irreconciliables; pero de esa emulacion de buen género fecunda en mejoras progresivas. Yo que he visto los dos sin prevencion ni animosidad de ninguna especie, voy á transmitirle el fruto de mis observaciones para que vd. decida. Biarritz es una poblacion muy pintoresca con magnificas fondas, con elegantes cafés y pastelerías y con casas para hospedaje, cómodas, lujosas y aseadas, donde se encuentra todo cuanto puede hacer la vida dulce, y donde los concurrentes se ven servidos con esa amabilidad, finura y buen gusto en que la Francia no conoce superior; pero su playa es pequeña y hasta peligrosa. La parte destinada á los baños de las personas decentes, es un derrame del mar entre dos altas rocas, y el continuo movimiento de las aguas hace que rara vez se vean estas limpias y transparentes sin demasiada mezcla de arena. En este sitio, que es el que ofrece mayor seguridad, se bañan reunidos los individuos de ambos sexos, aunque ya supondrá vd. que vestidos convenientemente para no traspasar las leyes del pudor. Las señoras usan una túnica de lana, generalmente de color claro, que las cubre desde el pescuezo hasta los talones, ó bien blusa y pantalon del mismo género, y una gorra de hule muy fino en la cabeza: los hombres entran en el agua con distintos trajes, pero el mas comun es pantalon de lienzo rayado y blusa larga de lo mismo con pañuelo ó sombrero de paja ordinaria en la cabeza. El servicio de bañeros y bañeras para acompañar dentro del agua á los que se no determinan á entrar solos, el de barcas para prestar auxilio en el caso de una desgracia, las casetas para desnudarse y vestirse antes y despues del baño, y todos los demas accesorios son inmejorables. La posición de Biarritz es en una altura, y la bajada á la playa está dispuesta en forma de anfiteatro, con árboles de sombra, y bancos para sentarse simétricamente colocados, de modo que á las horas del calor, que aquí nunca es mucho, todo el mundo viene á este sitio donde se disfruta, ademas de una temperatura suave, de bellísimas vistas; y cuando los bancos se hallan ocupados por la concurrencia, ofrecen la perspectiva mas agradable que se puede imaginar.

San Sebastian por el contrario, posee una playa ó concha hermosísima, grande, segura y resguardada; andar por ella es pasearse por un inmenso salon, y tiene tan ligero el declive, que se puede penetrar muchas varas dentro del agua sin correr el menor riesgo. Estas son sus únicas ventajas; sus contras consisten en hallarse la playa muy distante de la ciudad y tener que ir á ella sufriendo á plano los rayos del sol, pues ni hay árboles para guarecerse, ni el servicio de carruages es tan cómodo y económico como debería ser. Aquí, como el espacio lo permite, los dos sexos se bañan separados, lo cual sin ofrecer ninguna ventaja para la decencia, pues se entra en el mar vestidos como en Biarritz, tiene el inconveniente de ser los ratos de espera y descanso menos divertidos, á lo que contribuye mucho el no haber mas sombra que la que ofrecen las casetas. Estas y el servicio de los bañeros se han mejorado en los últimos años, pero distan bastante aun de las de Biarritz.

La poblacion de San Sebastian es lindísima y de risueño aspecto; las calles, aunque no muy anchas, están en extremo limpias y tiradas á cordel, las casas simétricamente construidas tienen balcones volados, y las tiendas, principalmente las de géneros de moda y quincallería, revelan su proximidad á

la frontera. Pero San Sebastian tiene la contra de ser plaza fuerte y estar ceñida por una muralla que la ahoga dentro de un reducido recinto, muralla que sirve al mismo tiempo de barrera al mar, pues esta ciudad es una verdadera península, y si hemos de creer la tradicion es una conquista hecha al Océano. La primitiva poblacion estuvo, segun dicen, en una pequeña eminencia, á medio cuarto de legua de la actual, donde hay una ermita, llamada vulgarmente la *Antigua*, que parece fué la parroquia, y hoy sirve de iglesia para un barrio que lleva el mismo nombre. En cuanto á la ciudad moderna ya he dicho á vd. que es tan reducida, que dando un grito en un extremo de ella, es imposible que no se oiga en el otro. No pudiendo ensancharse por causa de la muralla, ha empleado un proceder muy sencillo, cual es el crecer, y sus casas tocan al cielo, porque las hay que tienen hasta cinco pisos. Escuso decir que por dentro no ofrecen ni comodidad ni desahogo; en San Sebastian no se conocen los jardines, ni aun los patios, pues no merecen tal nombre unos reducidísimos huecos apenas suficientes para recoger las aguas y dar muy opaca luz á las habitaciones interiores. Figúrese vd. una poblacion de mas de seis mil almas, aglomerada en un espacio poco mas ó menos igual al que ocupa la plaza mayor de Madrid, y habrá formado una idea exacta de lo que es la que fué capital de Guipúzcoa. Dentro de este espacio, sin embargo, hay un bonito teatro, muy concurrido en la temporada de baños; una buena aduana; una linda plaza, cuyos soportales designados con el nombre de *los Arcos*, sirven de paseo las tardes lluviosas, las noches y los dias de fiesta al mediodia en todo tiempo; un instituto de segunda enseñanza; un *casino* ó tertulia, un gabinete de lectura, café y mesas de juego, incluso billar; casa de baños cómoda y bien servida; pescadería, varios cafés, fondas y paradores, y en fin, todo cuanto puede tener una ciudad, pero todo en miniatura. Como nuestros *carísimos* aliados los ingleses la pegaron fuego el año 1813, todos los edificios son de nueva planta y de gusto moderno, lo cual contribuye á que el conjunto sea bello y armonioso.

Las casas de hospedaje no cuentan con mas recomendacion que la limpieza y la amabilidad de las patronas, porque ni son baratas ni espaciosas, ni tienen por lo general muebles, no ya de lujo, pero ni siquiera cómodos.

El trato de los habitantes de San Sebastian es sin duda ninguna uno de sus principales atractivos, porque participa á la vez de la finura francesa y de la franqueza española. El bello sexo es, como en todas estas provincias, realmente bello, y la vida se pasa entre los baños, las visitas, el teatro, los paseos, en el Prado y en los Arcos, y las expediciones á Loyola, Lasarte, Rentería y Pasages. Sin embargo, sobra todavía mucho tiempo para aburrirse, y puedo asegurar á vd. que la mayor parte de los que vienen se aburren lo mismo en San Sebastian que en Biarritz; igual en Bayona que en Deva, Zarauz ó Santander, pero nadie quiere confesarlo por no ir contra la moda, y se consuelan con la noticia de los grados de calor que hace en Madrid, y con contar los dias que faltan para el regreso. Ni uno solo de los emigrados de verano hay ejemplo de que haya emprendido con pena el viage de retorno á la corte.

Volviendo al punto de rivalidad entre San Sebastian y Biarritz, de que involuntariamente me he extraviado, por lo dicho habrá vd. comprendido que en nuestra ciudad supera la naturaleza al arte y que en la de Francia el arte suple á la naturaleza. Esto mismo se observa en toda comparacion que





vd. haga entre los dos reinos. Yo me alegro de que San Sebastian haya triunfado porque soy español ante todo, y porque lo merece por los infinitos esfuerzos que para conseguirlo ha hecho en estos últimos años; pero le aconsejó que no se duerma en los laureles y siga adelante en el camino de mejoras, tanto mas fáciles hoy, cuanto que cuenta para realizarlas con el recurso que le ofrece la mucha concurrencia y tiene andado ya en ellas mas de la mitad del camino.

Aquí debería dar fin á mi carta si no me hubiese propuesto mas que hablar de los baños y de los bañistas; pero viajero novel y literato de afición, no puedo resistir al deseo de escribir mis *Impresiones de viaje*, no para imprimirlas, sino para que vd. las lea, amigo mio, cuando tenga gana, y haga de ellas luego el uso que crea conveniente. Principiaré por la historia de Biarritz, que es, como vd. habrá visto por la fecha, el lugar de mi residencia.

Este pueblo es la segunda edicion de otro mas antiguo; su primera aparicion data del tiempo en que las primeras ballenas fueron perseguidas en el golfo de Gascuña por los primeros harponeros vascos. En este tiempo, es decir, hácia el siglo XI, se levantaron alrededor de lo que se llama el Puerto Viejo, vastos almacenes de que en el día no se conserva ni vestigio, donde se encerraba el producto de la pesca. Biarritz era rico, y el diezmo de sus presas formaba una parte muy importante de las rentas del obispo y cabildo de Bayona. Despues las ballenas, vivamente perseguidas, emigraron al Norte, la pesca se hizo trabajosa y poco productiva, y los vascos tuvieron por rivales á los ingleses y holandeses. La fortuna abandonó á Biarritz.

Un antiguo castillo que defendia el pais se vino al suelo y sembró sus ruinas en las pendientes del promontorio; la mar que en este extremo del golfo es fogosa y terrible, destruyó el puerto abandonado, derribó las rocas y lo inundó todo, y Biarritz no fué ya mas que una pobre aldea donde solo quedaron unas cuantas familias reducidas á la miseria, y media docena de barcas de pescadores en lugar de las galeras cubiertas de remeros que surcaban sus orillas. Pero vino la moda de los baños de mar, que en Francia hace ya algunos años que está en uso, y Biarritz renació de sus cenizas con tal vigor y lozanía, que bien puede decirse que vale hoy mil veces mas que antes.

Dos curiosidades hay en Biarritz que no dejan de ver ningún viajero; el faro, que es una linterna del sistema de Fresnel, movida por un mecanismo ingenioso de tal modo, que girando alrededor espide la luz por intervalos de un minuto, y la *Cueva de Amor*. Voy á referir á vd. el origen de este poético nombre.

Sara era una de las vendedoras mas lindas de cuantas se colocaban hace algunos años en el mercado de la puerta de España en Bayona, y nada tiene de extraño por tanto que los jóvenes la sollicitasen. Siempre era ella la primera que despachaba su mercancia y á mejor precio que sus compañeras, pero jamás dió oídos á las lisonjas de sus numerosos compradores, hasta que apareció un tal Lorenzo, mozo de buena figura y de familia acomodada, y la austeridad de Sara vino á tierra; desde esta fecha su parroquia disminuyó de una manera sensible, porque Lorenzo, que era celoso como un portugués, abuyentó á todos y quedó solo por dueño del campo. La madre de Sara, viuda con cuatro hijos, de los cuales era esta la mayor, empezó á sospechar, en vista de la disminución de ingresos, algun suceso extraño, y no tardó muho

en adivinar la causa. Entonces acudió á un espediente no muy ingenioso en verdad, ni de felices resultados. Todas las mañanas se iba con su hija á Bayona, pues me olvidaba decir que eran naturales y vivian en un pueblecito que se llama Anglet, y sentada en una silla en el mercado no perdía á Sara de vista, quien es verdad que no hablaba con Lorenzo, pero tampoco se le arrimaban sus antiguos parroquianos, porque ya sabe vd. que las madres son un obstáculo muy grande para galantear á las hijas. Convencida la buena paisana de lo inútil de su tarea, abandonó el puesto y se fué á buscar al padre de Lorenzo para noticiarle lo que ocurría, y suplicarle ó que dispusiese que los dos jóvenes se casaran ó evitase el que su hijo galanteara á Sara. El padre del joven, labrador acomodado, que no podía soportar la idea de que su hijo se uniese á una pobre pescadera, se decidió por lo último, y los dos amantes quedaron incomunicados; pero solo en apariencia, porque el amor que es ingenioso, y el diablo que le ayuda, hizo de modo que Sara hallase una buena colocacion en Biarritz, y todas las noches veía á Lorenzo en el hueco de una roca á la misma orilla del mar, donde pasaban largas horas en amorosos coloquios, hasta que un día



Lorenzo y Sara.

el mar fué creciendo, creciendo, inundó la cueva estando dentro de ella los amantes, y los sumergió sin que se haya vuelto á saber de ellos. Las viejas del país, dicen, y con razon, que fué justo castigo del cielo por haber desobedecido á sus padres, y los jóvenes de ambos sexos que visitan la cueva, inscriben su nombre en la roca en señal sin duda de recuerdo. No falta quien crea que todo es un cuento escepto la roca, y los nombres de los visitantes que yo mismo he visto: cuento ó historia poco importa á mi propósito que era referir á vd. el origen admitido del nombre de la cueva.

Otra de las cosas notables de Biarritz... Pero amigo mio, esta carta se hace demasiado larga; la continuaré otro día y entretanto es suyo casi siempre

M...



## COSTUMBRES ITALIANAS.

### LA PROMETIDA DEL CONTRABANDISTA.

(Conclusion.)

#### IV.

MOSTACCINO

La familia de Sarti antes de esta época funesta había vivido siempre en perfecta armonía con los aduaneros, y Pietro mismo, Luigi y Mostaccino, no escatimando los paquetes de *zwanciger*, (libras austriacas) conseguían no ver á aquellos agentes en las alturas sino por casualidad.

Pero de un mes á aquella parte, habían variado las cosas de un modo inesperado desde que Giovanni, jefe de la brigada destinado á la frontera de Módena, fué trasladado á la frontera de Chiasso, lo cual hacía muchos años que pretendía en vano. El silencio de Pedro Sarti no había sido tan inviolable como pensaba, puesto que en la cantina de Como, después de desocupar algunos vasos, se le habían escapado alguna vez palabras, que recogidas por almas piadosas y referidas á Giovanni, le hicieron adivinar el asesino de su padre. El día que tomó posesión de su destino el hijo de Hipólito, quedó interrumpida la buena inteligencia que reinaba entre contrabandistas y aduaneros. El, que en su anterior destino fraternizaba con los contrabandistas, se daba vida cómoda y conservaba como fruto de su liberalidad un buen saco de doblas, se mostró incorruptible en Como, y obligó á sus antagonistas á levantar el guante que les arrojaba. Giovanni se servía de la palabra deber para reprimir el interesado descontento de sus subordinados.

Antes de venir á las manos, cuidó de sondear el terreno, de conocer los escondrijos, para familiarizarse con ellos. Todos estos propósitos fueron satisfechos ámpliamente merced á un espionaje muy activo, y al cual no le importaba descender; en seguida dijo para sí ahora:

—¡Venguémonos!

Giovanni dotado de una fuerza y destreza poco común, no quería deber mas que á sí mismo la venganza que meditaba. Los hombres que mandaba, no los consideraba para sus proyectos mas que como medios, como agentes provocadores. Su carácter feroz, no reconocía otra pena que la del talion, y de consiguiente ambicionaba la gloria del asesinato. Su odio no se limitaba al asesino de su padre; necesitaba cien víctimas por una, pareciéndole que todo lo que pertenecía á Pedro Sarti debía responder de su crimen: hombres, mugeres, niños, todos eran responsables á sus ojos; quería borrar toda esta familia del número de los vivientes, y conociendo el afecto de Magdalena hacía el anciano la reservaba el castigo mas cruel. No era su sangre la que ansiaba derramar, esto le parecía demasiado humano; su intento era deshonorarla, para lo que necesitaba antes de aventurar nuevas tentativas, des-

hacerse o inutilizar á cuantos tuvieran interés en defenderla; destruirlo todo para aislar la última víctima. Forzoso es tener en cuenta que Giovanni ignoraba los lazos de su madre con Pedro Sarti, lo mismo que la infame traición de Hipólito con la desventurada Rosina; pero sin embargo de esta ignorancia ¿bastaría por sí misma á justificar la conducta del aduanero?

Giovanni que veía que la casualidad, las circunstancias y la astucia le ayudaban maravillosamente, pensó tenía de su parte el cielo en la prosecución de sus proyectos criminales, y cegado por la exaltación de su espíritu, se persuadió de que ejercía un derecho y daba cima á un deber sagrado con la satisfacción de tan bárbara venganza.

Entretanto encerrada Magdalena en la habitación de su padre se poseía de una agitación y una inquietud cuya causa no acertaba á explicarse. El rumor mas insignificante la sobresaltaba, el murmullo de la brisa le parecía un lamento desgarrador, y la respiración frecuente de Luigi un lejano sollozo. Sentada á la chimenea y con un libro de oraciones en la mano se esforzaba vanamente por recoger la imaginación para entregarse á su lectura, hasta que por fin cediendo al imperio de la naturaleza se cerraron sus ojos cediendo bajo la influencia del sueño.

A poco rato la acometió una pesadilla-horrible en la cual jugaban el principal papel Giovanni y Anselmo; después durmió profundamente hasta las cuatro, hora en que la despertó un golpe que rudamente sacudieron á la puerta del parador. El que llamaba era Mostaccino que regresaba según costumbre por el lago después de terminar sus negocios y despedir su gente. Magdalena se apresuró á abrir; sus ojos no repararon otra cosa que la ausencia de Anselmo de la compañía de su prometido.

—¡Gaetano! exclamó la joven, ¿dónde está Anselmo? ¿dónde está mi primo? Habla.

—Entremos, replicó Mostaccino con acento conmovido y cogiendo entre sus manos la convulsa mano de su futura.

—¿No viene contigo Anselmo? ¿Dónde está? ¡Dios mío! contesta, Gaetano.

—Magdalena, sosiégate, vamos adentro.

—¡Oh Gaetano! exclamó la pobre niña con amarga desesperación; si me amas dime qué es de mi primo, dime que ha sido de ese infeliz niño á quien amo como si fuera hijo mío... ¡Oh! ¡Madonna santissima! Mi sueño era revelación.... Tus miradas me descubren lo que en vano pretendes ocultar.... ¡Anselmo no existe!

—Vive; Anselmo vive, aunque herido gravemente, se apresuró Mostaccino á replicar, comprendiendo cuan difícil sería transigir con aquellos sentimientos.

—¿Dónde está? ¿dónde está? preguntó Magdalena con amargura. ¿Qué has hecho de mi Anselmino?

—Cálmate, amiga mía; á estas horas está en Lugano, donde le salvará el mismo médico que ha salvado á tu padre y tu futuro. Cálmate.

La joven permaneció inmóvil un instante al parecer, bus-



cando fuerzas para soportar esta desgracia suprema; despues añadió con mas sosiego:

—¿Y quién es el que se ha atrevido á poner su mano en un niño? ¿quién es el cobarde, el vil....

—Giovanni.

Magdalena cayó de rodillas, cruzó las manos, y mirando al cielo murmuró con un acento que solo puede inspirar la fé religiosa:

—Lo habeis permitido, Dios mio, no me doleré de vuestros decretos: ¿pero dejareis impunes tantos crímenes, Señor? los

malvados tendrian motivos para dudar de vuestra omnipotencia. ¡*Vergine Santissima!* añadió anegada en llanto, tú que proteges los inocentes, pide justicia, ¡oh Maria! de este infame atentado!

En seguida se dirigió con su prometido á la habitacion de su padre.

Luigi acogió la triste nueva con una apatia alarmante y desoladora, despues á cortos momentos se incorporó un poco sobre un brazo para decir á su futuro yerno con acento debilitado por la accion de la calentura:



Vista del lago de Como.

—Ahora es cuando á toda costa precisa mi restablecimiento.... Y curaré, ¡vive Dios, curaré!

Por espacio de mas de quince dias no se vió á Giovanni en las alturas, en la campiña que dominaba al parador, ni en Como, ni tampoco se oyó hablar en él; los contrabandistas se lisonjearon haberle herido mortalmente cuando despues de caer Anselmo dispararon todos á la cresta del Lompino donde debia estar escondido. El resultado fué que en este tiempo continuó Mostaccino sus expediciones todas las noches, engrandeciendo sucesivamente la importancia de los ne-

gocios que hacia por cuenta propia. Una noche despues de esperar hasta la una á Sfroza-Gesu, emprendió su expedicion acompañado de su gente y precedido de un niño hijo de uno de la cuadrilla. Esta era la primera vez que el fiel Sfroza-Gesu faltaba á la cita desde que se hallaba al servicio de la familia Sarti. Su gefe que estaba impaciente le divisó despues de andar un tercio del camino.

—¿De dónde diablos vienes ahora? le preguntó en tono entre severo y amistoso.

—De la cantina. Me ocurrió una idea que queria aclarar;



tú sabes que cuando me atormenta alguna cosa no puedo permanecer sosegado.....

—Sí; pero nos has hecho perder una hora.

—Sin embargo, lo que tengo que decirte te la hará menos sensible. ¿A que no adivinas con quien he trincado esta noche?

—No presumo de adivino, Sfroza-Gesu, ¿pero habrá sido con la hermosa *pistrinarina* (panadera) que ha tanto tiempo cortejas?

—No por cierto; ni siquiera he pensado en ella esta noche; ha sido con ese maldito: con Giovanni es con quien he trincado.

—Y no has dicho ¡basta! exclamó Mostaccino parándose y cruzándose de brazos.

—Me hubiera guardado muy bien, ¡pardiez! Nuestro demonio está completamente transformado.

—¿Transformado? repitió el gefe encogiéndose de hombros; despues prosiguiendo su camino, continuó: ¿cómo entiendes eso?

—Te aseguro que no es el mismo hombre que hace quince dias.

—Esplicate.

—Está muy arrepentido de los males que ha causado á tu familia, y no se mezclará ya mas con nosotros para nada.

—Eso seria una fortuna; pero no creo.

—Yo sí; de resultas de una herida, ha estado dos semanas en cama, y esas dos semanas de padecimientos le han hecho reflexionar. Una de las balas que le enviamos ha producido ese milagro. Me ha dado su palabra la mas sagrada de que no proseguirá su venganza.... ¿Tú sabes?...

—Tanto mejor para él.

—Y para nuestros asuntos tambien. Iba á echarme sobre él, cuando me detuvo con su lenguaje juicioso; y hay mas; desea firmemente entrar en tratos.....

—¿Con quién? preguntó Gaetano frunciendo el entrecejo y con voz que descubria su enojo.

—Quiere, respondió timidamente el sencillote Sfroza-Gesu que los negocios marchen como antes.

—Eso es otra cosa, dijo Mostaccino con calma; en ese caso entiéndete con él, ya sabes que doy por bien hecho todo lo que tú hagas.

—Sí, pero es que desea tratar directamente contigo, murmuró á media voz Sfroza-Gesu.

—¡Nunca! exclamó Gaetano; si exige esa condicion, jamás nos pondremos de acuerdo.

—Sin embargo.... aventuró aun su interlocutor.

—¡Lo dicho, dicho! añadió Mostaccino en tono que no admitia réplica; podré hacer que no le veo si le encontramos asi reunidos, pero que se guarde bien de encontrarme al paso cuando vaya solo.

—En ese caso yo intentaré.... porque me ha citado para las cuatro y media de esta madrugada.

—¿Dónde?

—En la cuesta de Lompiño.

—¡No vayas, desgraciado! es un lazo.

—¿Qué lazo! ¡no! si hubieras pasado como yo hablando dos horas con él, desde luego que no sospecharias.

—Sfroza-Gesu, no puedo mandarte en calidad de gefe que no acudas á la cita, pero como amigo te aconsejo y te suplico que no vayas; si ese hombre se ha propuesto enmendarse ya

buscará otra ocasion de hablar contigo. ¿Por qué aventurar la vida inútilmente?

—¿Crees tú que le temo?

—De ningún modo, no; pero si te coge traidoramente ¿de qué sirve el valor?

—Ya estaré con cuidado, aunque no sea mas que por mi vida misma.

—¡Terco!

—Con que ¿y qué traemos esta noche? dijo Sfroza-Gesu, variando de conversacion y encogiéndose de hombros como para significar el desprecio que le inspiraba el peligro, cualidad que le era habitual.

—Mil cosas: paños; cachemires y sederia para el *patron*, y encages y quincalleria por mi cuenta. Buen negocio; si tuviese uno como él cada noche, te cederia antes de un mes mi clientela y el mando de mis hombres; de ese modo puede que cuidaras mas de tu existencia.

—Tal vez, porque entonces podria aspirar á la mano de la fornarina.

Mostaccino llegó á Como en tanto que departia con su camarada acerca de lo risueño del porvenir; en seguida depositó las mercancías en las casas de los compradores que las habian encargado, cobrando su importe, recogió un recibo en debida forma de las del *patron*, dió la orden á sus subordinados para la expedicion del dia siguiente y se despidió de ellos encaminándose por el lago.

Las tres de la mañana daba el reloj de Como, cuando saltó á la barca; la noche estaba fria pero agradable; un hermoso y estrellado cielo compensaba la ausencia de la tibia luz de la luna oculta detrás de las montañas; distinguíase claramente en panorama todo el caserio que destacaba graciosamente en el azul del firmamento, formando un semicírculo al rededor del puerto y reflejando en el ala del lago la blancura de los edificios. Numerosos bateles, barquillas de pescadores y góndolas lujosamente aparejadas aguardaban tranquilamente la aurora para surcar en todas direcciones aquella dilatada superficie de agua. Delante de la rada se descubria una perspectiva seductora cuyo último término se desvanecia en la oscuridad casi enteramente. A derecha é izquierda de aquel magnifico espejo, rozado apenas por el *tivano*, (1) se alzaban soberbios palacios cuyas torres descollaban magestuosamente sobre los jardines que le servian de recinto estendiéndose á orilla del lago en forma de anfiteatro. En segundo término, por cima de estos monumentos de esbelta y graciosa arquitectura, se divisaba un suave declive que enlazaba con el lago las desnudas rocas de la cima de las montañas. Los árboles carecian entonces de sus lozanos ropages, pero no por eso aparecian menos bellos al resaltar sus esbeltos y ennegrecidos contornos bajo la blanca guarnicion de nieve que los cubria. Un poco mas distante y por lo mismo algun tanto confuso, podia recrearse el ánimo contemplando la aldea de Cernobio como anudando las dos orillas opuestas y presentando un obstáculo insuperable á la invasion de las aguas del lago. Todo esto era una página magnifica del magnifico libro de la naturaleza.

Siempre que hacia Mostaccino esta travesia descubria en su lago nuevos encantos; en su contemplacion aliviaba su ánimo de fatiga cotidianamente despues de muchos años, y

(1) Viento nocturno, designado con este nombre en la provincia de Como.





cada vez, sin embargo, encontraba algo nuevo que admirar. Sin pena pasara toda su vida sobre aquellas olas transparentes y aun á poder escoger su tumba, las prefiriera sin duda á un prosaico hoyo de tierra. Al penetrar en el lago acababa el contrabandista para comenzar el poeta; no descubria mas que lo que alcanzaban sus miradas, y sobre todo una blanca hada que le saludaba con su mano de rosas y que venia á tomar asiento á su lado. Así alentado por la compañía de su buen ángel, de la sombra hermosa é ideal de su prometida remaba acompasadamente entregado á sus dulces fantasías.

Mostaccino á consecuencia de la conversacion con Siroza-Gesu, empezó á formar castillos en el aire; la cándida disposicion de su carácter, daba fácil acceso á la alegría, y en esta noche se creia halagado por la fortuna. Gaetano emprendió su regreso hácia el Lompino sin apresurarse mas que de costumbre, y se puso á cantar alegremente:

La mamma che de mi l'era gelosa,  
Ben con ben stara bilaben,  
La mi mandava,  
Diridon farà nina nina,  
A spigolar della nisona (1.)

Los ecos de las grutas y de las montañas, repetian la dulce melodía de esta sencilla cantinela: cuando cesó de cantar, volvió Gaetano la cabeza al percibir un ruido ligero. Era producido por una barca de pescadores, conducida por un solo hombre; Mostaccino continuó:

Quando mi aveva fini de spigolare, etc.

La barca pugnaba por entrar en las aguas de la de Gaetano. El contrabandista volvió la cabeza, y saludó diciendo:

—¡Buenas noches, batelero!  
—Buenas noches, respondió una voz gruesa que parecia fingida: cante vd. cante vd., que nunca cantará mas joven (2).

Mostaccino prosiguió:

Ma intanto che l'molin focca'na volta, etc.

Pronunciaba la última palabra, cuando le sacudieron un terrible golpe en la cabeza, al mismo tiempo que resonaba en el espacio la palabra *basta!* Mostaccino cayó de rodillas aturdido; antes de que pudiera recobrarse, le habian sacudido con un remo otro golpe, que le derribó sin sentido. Entonces su agresor, se echó de pechos sobre la barca, hasta que la hizo zozobrar y volcar. En seguida, Giovanni, porque era él, se cruzó de brazos, contempló la superficie que habia vuelto á quedar tranquila, y se alejó repitiendo el último verso de la copla comenzada por Mostaccino.

(1) Esta cancion puede decirse está escrita en dialecto lombardo mas que en italiano.

Mi madre de mi celosa  
Ben con ben stara bilaben,  
Me enviaba,  
Diridon fara nina nina,  
A segar lino.

(2) Proverbio lombardo: *Non cantarete mai più giovane.*

Las seis acababan de dar en el relój de Chiasso, y sin embargo, reinaba aun la misma oscuridad que á las doce de la noche, merced á las espesas nubes que tapizaban el cielo. Rugia el viento por el estrecho valle que conducia al parador del Gallo, batiendo hasta el suelo las cimas de los árboles, y esparciendo en menudos átomos la nieve posada en ellos que iba en torbellinos de revuelta ventisca á buscar un asilo mas seguro. Las aves nocturnas graznaban lastimeramente al mismo tiempo que el gallo cantaba como acusando de perezosa la aurora. Ningun otro rumor turbaba la quietud del valle.

Magdalena sentada al lado de la cama de su padre, hacia dos horas que tapado el rostro con las manos, lloraba porque Gaetano no habia parecido aun, cuando siempre volvía lo mas tarde á las cuatro.

El enfermo, despertando á esta sazón, preguntó con voz débil:

—¿Por qué lloras, hija mia?

—No ha vuelto aun Gaetano; murmuró la pobre niña sin alzar la cabeza.

—¿Qué hora es?

—Las seis.

—¡Mas desgracias aun! exclamó Luigi sollozando.

Magdalena no replicó. El enfermo respiró muchas veces de seguida, y añadió:

—¿Magdalena, de qué es este humo?

La joven alzó vivamente la cabeza, y reparó con gran sorpresa que estaba envuelta en una atmósfera donde cada instante se hacia mas penosa la respiracion. De un salto se lanzó á abrir la ventana, y vió que el exterior como el interior estaba cubierto de una espesa nube de humo que envolvía toda la casa. A través de este sombrío velo, divisó un hombre que permanecía inmóvil con los brazos cruzados, y recostado en un árbol. Inmediatamente adivinó que este hombre no era otro que Giovanni, y que no era extraño al humo que invadía la casa. Esta aparicion arrancó de su pecho un grito de terror, pero no dijo nada á su padre y se dirigió corriendo á abrir otra ventana del costado opuesto del parador. No se engañó Magdalena en las rápidas conjeturas que la impulsaron á esta accion; en el momento de asomar la cabeza por la ventana estallaba el incendio de este lado del edificio; á través de columnas de humo, brotó una ancha llama que se lanzó serpenteando á los aires. La joven trató en vano de pedir socorro, porque la reflexion selló sus labios mudos de terror. ¿Qué ser humano oiria en aquel desierto su grito de alarma, mas que su padre incapacitado de socorrerla, ó aquel otro hombre maldito que esperaba tal vez tan solo esta señal para lanzarse á la presa?

La joven llevó su mano al pecho para cerciorarse conservaba el puñal de Anselmo y en seguida se dirigió al pozo, del que se puso á sacar agua con una sangre fria heróica. El granero estaba ardiendo, y Magdalena desde la ventana en que habia visto estallar el incendio, agotaba sus fuerzas echando inútilmente agua que el incendio, como desafiando sus esfuerzos evaporaba al instante mismo.

De improviso, resonó un grito desesperado; era la voz de



Luigi, convulsiva y de un vigor increíble en su estado.

Magdalena dirigió una última mirada al incendio, indomable ya, y se precipitó en el cuarto de su padre.

Luigi forcejeaba en su cama en tanto que Giovanni le consideraba con sonrisa sarcástica é infernal.

La joven comprendió que estaba su padre sujeto á la cama con fuertes ligaduras, pero al dirigirse á librarle, la detuvo el aduanero, y cogiéndola como una pluma con un brazo bajó prestamente la escalera, abrió de una patada la puerta aun cerrada á causa de haber penetrado por la ventana que dejó abierta Magdalena en tanto que sacaba agua, y salió con su presa, gritando:

—A lo menos esta vez no me detendrán en el camino ni Anselmo ni Sfroza-Gesu.

Media hora despues, llegó á una casa situada en las alturas, y depositó en su propio lecho á la joven poseida de un profundo desmayo: aquel lecho, era el mismo que habia servido al padre del aduanero muchos años, y el mismo tambien en que acababa de pasar este quince dias, merced á las balas de sus enemigos.

Despues que con una calma aterradora atizó el fuego de la chimenea y encendió el velon y la pipa, se sentó tranquilamente al fuego, cruzó las piernas, y murmuró soltando una gran bocanada de humo:

—*Eccoci all'ultima vendetta* (4).

Despues se recostó tomando la actitud de una persona que se recoge para entregarse esclusivamente á reflexionar, y empezó á hablar como entrando en cuentas consigo mismo.

—¡Veamos! dijo. Al viejo asesino de mi padre le despeñé; el chico se fué con una bala dentro del pecho; el futuro á quien no podia hallar nunca á solas y al cual no podia disparar cuando estaba entre los suyos sin riesgo de que me sacudieran de nuevo, le he atontado y ahogado en el lago; su amigo Sfroza-Gesu ha caido como un pajarillo en mis redes y me las ha pagado todas de una vez al filo de mi puñal.... Quedaban el padre y la hija.... El padre á estas horas se habrá tostado muy cómodamente en su propia cama, y la hija, la hija está en mi poder!.. Dios mismo no podria arrancarme mi última presa. Dentro de una hora se habrá cumplido mi venganza! Dentro de una hora ó tal vez de dos, porque es menester aguardar que esté en estado de hacerla comprender todo el peso del trance en que se halla!.... Miserable! era el nombre con que me designaba..... Veremos si ahora, dentro de poco, se acuerda de algun otro para suplicarme como suplica á Dios.... ó al diablo... ¡Paciencia!

Permaneció callado algunos momentos y al cabo de ellos dió un salto exclamando:

—¡Si hubiese muerto!

Y precipitándose hácia la cama puso una mano sobre el corazón de la pobre niña. Una sonrisa horrible entreabrió sus labios.

Magdalena respiraba aun. En seguida cogió la luz, y acercándola al rostro de la joven la contempló largo espacio, durante el cual se contraian sus facciones adquiriendo una palidez escesiva. Por fin dejó el velon sobre la mesa, tornó á sentarse, tiró la pipa en la meseta de la chimenea y se puso á escarbar la lumbre con las tenazas y á concertar con un pie el compas de una música que ni entendia ni concebía.

—¡Giovanni! se exclamó á sí mismo, dejémonos de tonte-

rias, *per la Vergine Maria!* ¿Te ha de detener el que esa chica sea mas hermosa que lo que te habia parecido? ¿Serías un vil, un infame, un hijo desnaturalizado? Energía, *per Cristo!* energía, es menester no titubear.

Ocultó un momento el rostro entre sus manos; en seguida irguió la cabeza y prosiguió:

—Giovanni, ¿has olvidado la noche memorable en que seguistes á las alturas al asesino de tu padre, has olvidado las palabras que proferia en la cruz que designa el sitio que sirve de sepultura á su hijo?—«¡Te he vengado, hijo mio, decia tu asesino, le he colgado por los pies en un subterráneo y me he complacido en atormentarle hasta el momento en que el hambre le hizo exhalar su alma maldita!» ¡Qué suplicio tan horrible! y era tu padre, Giovanni, tu padre el que le sufrió. El vértigo, el hambre, los tormentos, una muerte espantosa, inaudita!... ¿Y aun vacilas?... ¡Giovanni! es preciso hacer de modo que no pueda retroceder!...

Se levantó de nuevo y fué hácia su victima con una precipitacion que demostraba cuanto desconfiaba de sí mismo.

Magdalena abrió los ojos. El aduanero quedo inmóvil.

Giovanni al cabo de tres meses que hacia desempeñaba su empleo en Chiasso no habia conseguido reparar bien de cerca á Magdalena, ó á lo menos no habia podido fijar una mirada sosegada y escrutadora. Durante el dia se guardaba bien de acercarse al parador, y cuando se aventuraba por la noche lograba escuchar lo que se hablaba, pero no veia los personajes, porque las ventanas estaban á ocho pies de altura y ademas tenian papel trasparente en vez de cristales. Es cierto que el aduanero habia estado ya una vez en su presencia, y aun la habia tenido en su poder cortos momentos, pero fué en ocasion de inminente peligro, y de consiguiente poco á propósito para formar justa apreciacion del mérito de la encantadora Magdalena. Ahora al contemplar su rostro angelical, que aunque poseido de palidez se mostraba tan dulce y sereno como si estuviese bajo la influencia de un sueño apacible, al reparar aquella frente ostentando á la par un candor é inocencia que imponia respeto, sintió Giovanni una emocion desconocida hasta entonces, un estremecimiento involuntario, un poder que sino desarmaba su encono le hacia perder á lo menos muchos grados de intensidad. En vano trataba de esforzarse invocando el recuerdo de su padre.

Sin embargo, cuando vió que Magdalena saltó del lecho animosa y decidida, en vez de suplicante y tímida, y que fijaba sus ojos sobre los suyos con sangrienta ironía enmudeció la compasiva reaccion que comenzaba á operarse en Giovanni, y dió un paso hácia la joven resuelto á aprovechar aquel arranque de despecho por dominar la influencia que le combatía.

—¡No te acerques! exclamó Magdalena; no te acerques, vil asesino!

El tono imperativo y su mirada imponente afectaron de nuevo la razon de Giovanni; sonreía de lástima reparando la actitud amenazadora de Magdalena; pero aunque se sentía capaz de domar su orgullo permanecía como clavado á su pesar bajo la influencia magnética de su mirada. Huía confesarse rendido de respeto hácia aquella niña tan digna y tan fuerte, se estremecía á la sola idea de sentir por ella la menor inclinacion, y sin embargo la devoraba con los ojos absorbiendo con avidez el veneno que tanto temía.

Magdalena en tanto parecia completamente sosegada; su

(4) He aqui la última venganza.



semblante no revelaba ninguna de las emociones que la agitaban; habia perdido todo menos su honra é invocaba la desesperación como único puerto de amparo. Su aparente tranquilidad no era otra cosa que consecuencia de una resolución estrema.

El aduanero despues de luchar con aquel irresistible aunque vago sentimiento que pugnaba por señorearse de él, acabó por concedérsele á sí propio una tregua sentándose de nuevo á la chimenea.

—Acércate, dijo Giovanni, has pasado mucho tiempo desmayada y tendrás frio.

La jóven no contestó.

Al cabo de algunos instantes la dirigió Giovanni una mirada y añadió:

—¿Es que me tienes miedo?... ¿O bien aguardas que vengan en tu socorro?

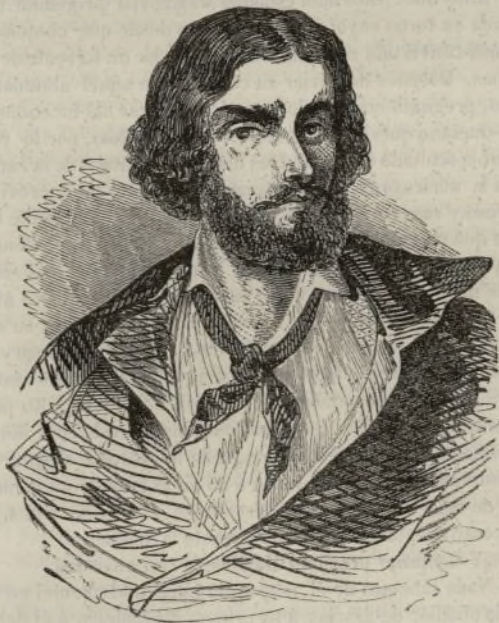
—¡Oh! sí! murmuró Magdalena como hablando consigo.

Esperaba de Dios la pobre niña.

—Pues no te hagas ilusiones, replicó el aduanero, nadie puede venir en tu ayuda. Anselmo ha muerto...

—¡Muerto! exclamó dolorosamente.

—Si por Dios, sí, Sfroza-Gesu ha muerto, tu padre bien sabes como estará, Mostaccino duerme en el suelo del lago.



Mostaccino.

Giovanni se interrumpió viendo vacilar á Magdalena, pero observando que hacia por sostenerse, dió tiempo á que se recobrara de tan ruda impresion y despues continuó:

—Ya ves que entre tú y yo no media obstáculo alguno.

—¡Escepto Dios! exclamó Magdalena alzando sus brazos al cielo con sublime ademan.

El aduanero soltó una carcajada.

Hubo un momento de silencio que interrumpió Giovanni primero.

—Se me antoja, dijo, que te sientes á la chimenea á mi lado. Ven: quiero ser obedecido.

Mas viendo el ningun efecto de sus palabras se levantó gritando:—¡Será preciso que vaya á buscarte!

—¡Si das un paso resbalarás al segundo sobre mi sangre! replicó tranquilamente Magdalena sacando del pecho el puñal de Anselmo, y volviendo la punta á su corazon.

Giovanni retrocedió asustado dejándose caer en su silla.

Magdalena conoció la turbacion de aquel hombre, y concibió aun la esperanza de escapar á un género de muerte que temia, como prohibida por los dogmas de la religion.

Era ya muy de dia. El aduanero apagó la luz y se puso á silbar.... ¡Tenia miedo! miedo de sí mismo, miedo de aquella jóven, y por ella tambien sobre la cual no se atrevia ni aun á fijar sus ojos. La mitad de su sangre diera por el acero que veia en sus manos.

Amaba á Magdalena.

Una hora trascurrió en sombrío silencio. Magdalena observando á su raptor que parecia por su parte olvidado de su mision criminal.

Por fin la jóven, le dijo con acento determinado:

—¡Es tiempo de acabar! ¿Qué pretendes de mí?

Giovanni se estremeció; alzó la cabeza con admiracion al verse interpelado tan inesperadamente y encontró una mirada que penetró hasta el fondo de su alma.

—¿Es mi vida? prosiguió Magdalena; poco tienes que hacer; pronuncia una palabra, da un solo paso y me parto el corazon. Si buscas una muger no encontrarás mas que un cadáver. Asi, decide; mi muerte ó mi libertad:

—¡Oh! ¡nunca! exclamó el aduanero.

—¿Nunca? repitió la jóven; ¡lo veremos! añadió retrocediendo para dejar franco el tránsito á la puerta.

—¡Ahora, abre esa puerta y sal el primero al momento, ó me hundo este acero!

Giovanni se puso en pie con presteza y dirigió á Magdalena una mirada que revelaba á la vez su despecho y su passion, en tanto que el rostro de la jóven permanecia impassible é inexorable.

—¡Magdalena! exclamó el aduanero, sin poder dominar los impulsos de su corazon, Magdalena ¡te amo! ¡La muerte antes que perderte!

La hija de Luigi, alzó los ojos al cielo para darle gracias por lo que acababa de oír; en seguida añadió con sonrisa irónica:

—¡Bien sabia que eras un cobarde! Para matar un anciano tuviste que cogerle traidoramente; para asesinar un niño te ocultaste en la espesura, y para privarme de mi padre, has esperado á que estuviese imposibilitado en su lecho.... ¡Confiesa que eres un cobarde! me tienes miedo, ¡tienes miedo de una muger! ¡te desafío! ¡te insulto! ¡maldigo tu amor y no te temo!

—¡Magdalena! gritó el aduanero.

—¡Abre esa puerta!

—¡No!

—¿No?

La jóven levantó el brazo para herirse.

—¡Detente! exclamó Giovanni, dirigiéndose á abrir.

—¡Sal! dijo Magdalena.

El aduanero obedeció; la jóven salió detrás guardando cierto trecho, y despues que estaba fuera del umbral de la casa tomó el sendero que conducia al parador: en seguida



volviendo la cabeza añadió reparando la seguía á lo lejos y despacio:

—Cuidado con seguirme.

Giovanni obedeció también.

Cuando se vió sola Magdalena, y mientras se encaminaba temblando, dió gracias al cielo con fervor por haberla librado de tan gran peligro. Al divisar á poco el sitio en que estaba edificada su antigua mansion, cayó de rodillas y anegada en llanto para pedir á Dios por la salvación de su padre. El espacio que ocupaba la casa lo invadía un montón de cenizas.

## VI.

### EL MALDITO

Magdalena rezó y lloró largo espacio, después del cual se sintió con mas energía pensando en Dios, é impetrando este prostrar asilo de amor. Formó el proyecto de consagrar al Señor el resto de sus días, pero antes de dar al siglo un adiós eterno quiso adquirir la certidumbre de que ningún lazo la ligaba á la tierra, de que ninguna afección mundana vendría á turbar la quietud de su reclusión. Aunque Giovanni la anunció que Anselmo había muerto, todavía la quedaba alguna esperanza atendido á que no podía persuadirse que su prometido por una mal entendida compasión la engañase asegurándole un feliz y rápido restablecimiento. Conocía á Gaetano y sabía que mas preferiría confesar la verdad por amarga que fuera, que ensayar una decepción, cuyo efecto debía presentir sería doblemente peligroso. En tal disposición de espíritu y á despecho del agotamiento de sus fuerzas llegó á Mendrisio con presteza, montó en un carricoche que se encaminaba á Capo-di-Lago desde donde no le quedaba mas que atravesar el lago y andar una media legua por tierra para llegar á Lugano.

¡Cuan larga y pesada pareció esta travesía á la pobre niña! ¡y cómo acongojó su corazón, harto inconsolable ya!

Recorrida la senda, entró en el camino real, costado de una parte por el lago y de otra por huertos y jardines, y después en Lugano, aquella pequeña ciudad tan risueña, tan activa, tan rica y hospitalaria. Lo que pasó en el ánimo de Magdalena es imposible describirlo; allí estaba la casa de su prometido; allí estaba el escenario de mil sueños de porvenir destruidos en una noche; allí era donde siempre encontraba una mano amiga que estrechaba la suya, un corazón que latía como el suyo, y de todo esto no iba á encontrar tal vez mas que un cadáver.

Podría decirse que cuanto mas abrumaban las desgracias mas crecen las fuerzas para soportarlas. Aquella débil niña que acababa de pasar por tan terribles pruebas halló aun en su alma energía para llamar á la puerta de la casa de su prometido y esperar sin desmayarse que vinieran á abrir; mas esperó en vano. Conocida en la ciudad como prometida de Gaetano consiguió hacer que forzaran la puerta.

¡La casa estaba desierta!

La confirmación de una desgracia no es tal vez tan horrorosa como la incertidumbre.

Magdalena no tembló; alzó su alma hasta Dios y ofreció consagrarle entero su corazón.

Después regresó hacia la frontera mas abatida pero mas sosegada que antes, y no se detuvo hasta Chiasso, en casa de una hermana de su difunta madre, á cuyo lado se había educado y que la acogió con maternal ternura. ¡Qué escena tan

delicada presencié aquella humilde mansion! ¡Qué palabras tan dulces! ¡Qué consuelos se cambiaron entre estas dos mujeres generosas, olvidándose á la vez de si propias para ocuparse exclusivamente una de otra!

Y el Señor escuchó la voz de estas mujeres resignadas y les concedió mas que esperaban; porque al caer la tarde pensaron morir de alegría, tanto mas inmensa cuanto era inesperada y á la que no encontraban palabras con que expresarlas.

Estaba Magdalena sentada al lado de su tía y reclinada en su seno sollozando cuando oyeron llamar á la puerta.... Escucharon.... era la dulce y fresca voz de Anselmo.

Magdalena exhaló un grito, uno de esos gritos que estremecen el corazón del que los escucha, y echó á correr apoyándose en los muebles para no caer al suelo; tan débil era la pobre niña en los accesos de alegría como fuerte en los dolores.

Pero Anselmo no venia solo, traía un hombre en los brazos y este hombre era Luigi.

La joven cayó desmayada.

Cuando recobró el ejercicio de los sentidos, se encontró sentada en un sillón. Su padre acostado en una cama próxima á ella la miraba sonriendo, Anselmo estaba arrodillado á sus pies y su tía la tenía una mano entre las suyas y la cubría de besos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Magdalena dirigiendo una mirada en torno suyo; y sus ojos secos desde que contempló su casa convertida en cenizas dejaron rodar un torrente de lágrimas. Después de aliviar su corazón con aquel abundante rocío, preguntó como pudo su padre salvarse del incendio.

—Gaetano quería sorprenderte, dijo Anselmo, por lo cual te había ocultado que hacia tres días me levantaba de la cama. Para la madrugada de hoy teníamos dispuesto mi imprevisto regreso y regresé en efecto, mas en vez de la agradable escena que me prometía, descubrí con gran sorpresa el incendio del parador. Me asaltó al punto á la imaginación el mal estado de mi tío, y me lance en su cuarto que comenzaba ya á arder. Por fortuna todavía no había el incendio llegado á su cama, en la cual le encontré desmayado. ¡Juzga mi sorpresa y mi terror al verle ligado fuertemente á aquel lecho de desventura! El cielo me concedió suficiente presencia de espíritu para encontrar un cuchillo, cortar las cuerdas y trasladarle inmediatamente lejos del teatro de aquella irreparable desgracia. Me interné en el bosque, senté á mi tío al lado de un manantial de agua y conseguí que recobrase el sentido. Entonces me contó cuanto había pasado durante la noche.

—¿Y Gaetano? preguntó Magdalena con ansiedad.

—Nada sabemos de él, respondió Luigi tristemente; en seguida añadió; da gracias á tu primo, Magdalena, á él debes mi vida, á él que después de buscarte inútilmente por todo el valle y hasta en la casa misma del malvado, cuyo domicilio asaltó, concibió la feliz idea de trasladarme hasta aquí en sus brazos aun delicados.

Magdalena estrechó á Anselmo contra su seno, y le colmó de besos y caricias.

Por último, logró Anselmo deshacerse de los cariñosos lazos de Magdalena, y se lanzó fuera de la casa diciendo:

—Tal vez vuelva con buenas nuevas; voy á saber de tu prometido.

Y listo como todo hombre que emprende una buena acción, se trasladó, en pocos instantes á la ciudad de Como, y



entró en la cantina. La primera persona que divisó, fué al aduanero que se estremeció al aparecer Anselmo.

—¡Giovanni! tengo que hablarte.

—¿A mí? preguntó admirado el aduanero.

—Sí. ¿Quieres acompañarme á la plaza?

—¿Y por qué á la plaza?

—Por que allí no tendré que temer tu puñal.

El aduanero sonrió y salió con el joven. Cuando llegaron á la inmediación del puerto se detuvo y continuó:

—Mi abuelo cometió un crimen atroz con la persona de tu padre y tú queriendo vengarle has matado á Pedro Sarti; ¿pero qué te ha hecho su familia para que te conviertas en su ángel de exterminio? Contesta; ya ves que no hay odio ni cólera en mis palabras.

Giovanni quedó suspenso un momento, mas en seguida irguiendo con orgullo su cabeza, replicó con aire sombrío:

—Eres aun demasiado niño, ¿crees tú que un suplicio como el que sufrí mi padre quede descontado con una sola vida?

—¡Es verdad, sería menester devolver á Pedro Sarti tormento por tormento ó dejarle vivir para que presenciase la ruina y destrucción de su familia! Aunque ¿sabes qué sería mejor? añadió Anselmo animándose por grados y cogiendo con fuerza la mano del aduanero, sería mejor descubrir las causas que indujeron á Pedro Sarti á ser mas bárbaro que un tirano, y mas inhumano que un tigre.

—Las sé muy bien, replicó Giovanni. Mi padre mató al tuyo ejerciendo sus funciones; estaba en su derecho.

—Pero lo que no sabes, desgraciado, prosiguió Anselmo con una energía que participaba de inspiración, lo que tu no sabes, es que ese hombre que tu padre mató en la flor de la edad, y el desventurado á quien ligaste la noche pasada en medio de una hoguera encendida por ti, son ambos hermanos tuyos, Giovanni! ¡que ambos nacieron de la misma madre que tú! ¡Lo que no sabías, es que al tirar sobre mí, asesinas á tu sobrino, y que deshonorando á mi prima deshonoras tu propia sangre! ¡Lo que tú no sabes, es que Pedro Sarti, era el marido de tu madre!

—¡El marido de mi madre! exclamó Giovanni cuya agitación crecía á medida que le hablaba el niño. ¡El marido de mi madre! repitió con amarga desesperación; en seguida, al cabo de un instante durante el cual pasaba en él algo de extraordinario é indecible, dijo cogiendo á Anselmo del brazo: ¡ven! si es verdad lo que dices, nada temas de mí.

Juntos salieron de la ciudad.

Entonces Anselmo refirió á Giovanni la historia que había oído á Pedro Sarti.

El aduanero escuchó con la mayor atención, y enjugaba de cuando en cuando el frío sudor que brotaba de su frente livida de terror.

Cuando Anselmo concluyó su relato, lanzó Giovanni un profundo suspiro y murmuró:

—¡Oh! ¡soy un maldito! ¡soy maldito! ¡He enviado á la sepultura al marido de mi madre!...

—¡Quién sabe si habrás servido á la justicia de Dios! replicó Anselmo conmovido de su profunda desesperación.

—¡He atentado á tu vida, sobrino mío!

—Sí, pero ya ves que el Señor no ha consentido que fuese mortal el golpe.

—Y he atizado las llamas de la hoguera que ha devorado á mi hermano....

—Dios me ha hecho llegar á tiempo para salvarle.

—¿Eres algún ángel? exclamó el aduanero juntando las manos.... pero casi á continuación, añadió con inmenso abatimiento; á pesar de todo, ¿has salvado al prometido de tu prima á quien he aporreado y sumergido en el lago? ¿Has salvado á Sfroza-Gesu á quien he dado de puñaladas también esta noche? ¿Puedes salvarme á mi mismo enamorado de la prometida del hombre cuya sangre he vertido?

Anselmo dejó caer la cabeza sobre el pecho, y dijo sollozando:

—¡Oh! ¡sí, eres un maldito!

El aduanero se sentó en el tronco de un árbol, y con los codos sustentados en las rodillas y la cabeza entre las manos permaneció largo espacio inmóvil. Anselmo le contemplaba á distancia de algunos pasos llorando la muerte de sus amigos.

Ultimamente, Giovanni, apartando su sombría meditación se levantó, y dijo á Anselmo tomando el camino de las alturas:

—¡Anselmo! acompaña aun un instante á tu desventurado tío.

El aduanero llegó á su casa, y entregó al niño una cajita después de sellarla, diciéndole al mismo tiempo:

—Entregarás esta caja á tu tío, con encargo de que no rompa el sello, ni abra la carta que te voy á dar para él hasta dentro de dos horas.

Giovanni se llegó á un pupitre, sacó papel y una escribanía que colocó en la mesa; en seguida antes de ponerse á escribir, abrió una cajita de plata que sacó también del pupitre, y sin que Anselmo se apercibiese se puso algo en la boca.

La redacción de la carta, fué larga. Cuando acabó de escribir, la cerró y se la dió á Anselmo.

—¡A dios, le dijo; á lo menos tú que eres testigo de mi desesperación, no me maldecirás! En seguida viendo que el niño se dirigía á la puerta, añadió:

—Anselmo; aunque soy harto culpable, no dejes por eso de ser hermano de tu padre! ¿Me abandonarás sin perdonarme?

—Que Dios perdone á vd. como le perdono yo de todo corazón, y como le perdonó también mi abuelo.

Giovanni rompió á sollozar. Anselmo se echó en sus brazos y murmuró llorando:

—El Señor perdonará á vd. también puesto que es tan grande como sus crímenes su arrepentimiento.

El aduanero le estrechó largo rato sobre su corazón, después se soltó, sacó su reloj de oro, le separó de la cadena, y alargó uno y otro á su sobrino.

—¿Consentirá Magdalena en colgar de su garganta esta cadena como prueba de mi arrepentimiento y memoria de que pedirá á Dios por mí?

—Magdalena es una santa, replicó el niño; y hace ya mucho tiempo que pide por vd.

Giovanni titubeó un instante al cabo del cual añadió:

—¿Y tú rechazarás un recuerdo de tu tío?

Anselmo apretó la mano de Giovanni, y tomó el reloj:

A este tiempo llegaron dos aduaneros al departamento de su jefe y le dijeron:

—En cómo esperan á vd. Esta mañana hemos cogido al famoso Mostaccino....

—¿Habeis cogido á Mostaccino? exclamó Giovanni con terrible acento.

—Si señor replicaron los aduaneros. Le hemos encontrado

:



desmayado y empapado de agua á poca distancia del Lompino. Creemos que su barca habrá zozobrado.

—¡Gaetano vive! ¡pero ya es tarde! añadió el aduanero.

—¿Qué tiene vd., tío? le preguntó Anselmo en voz baja.

—¿No comprendes que estoy maldito? ¡Dios ha borrado mis crímenes á tiempo que he renegado de Dios dándome la muerte!

—¿La muerte? repitieron los circunstantes.

—El Señor es misericordioso, dijo Anselmo y nunca debe desesperarse de su clemencia.

—¡Anselmo! exclamó Giovanni cayendo de rodillas, si alguno te ofende alguna vez pide justicia al cielo pero no tomes tú la venganza! Mira donde me ha conducido!.... Pero Dios es grande y conoce mi arrepentimiento.

Estas palabras fueron las últimas que profirió Giovanni. Un cuarto de hora despues estaba difunto.

Su carta era una tiernísima defensa de sus acciones y un modelo de contrición. La caja contenia todo el fruto de sus economías que se emplearon en comprar la libertad de Mottaccio y cooperar á su establecimiento en Lugano. Los golpes de su agresor le habian solamente aturrido; la frescura del agua le habia hecho volver en sí; nadó bajo la superficie y dió consigo en la orilla algo distante del sitio en que volcaron su barquilla. Queriendo ganar las alturas le faltaron las fuerzas y se desmayó.

Poco tiempo despues Magdalena era su esposa.

Luigi y Anselmo viven en Lugano y en su compañía hace catorce años. Este último no quiere casarse, ama los tres hijos de su prima como si fueran suyos y se complace en contribuir á su educacion é inspirarles un horror profundo por la venganza.

Todos los años el día de los Santos visita la familia Sarti, el valle que habitaba en otro tiempo y prodiga sus oraciones sobre las tumbas que hizo construir en el sitio que ocupaba antes el parador. Uno de estos monumentos guardan las cenizas de Pedro Sarti; otro las de Giovanni y el tercero las de Sfroza-Gesu.

URBINO.

## DE ESCLAVA A EMPERATRIZ.

### Episodio histórico origin

#### I.

Pocas naciones ofrecen como la Rusia el interesante episodio que vamos á describir.

Casi desconocida la historia de este nuevo poder europeo, vamos á presentar el cuadro exacto de una época suya reciente, de la cual data el principio de la actual prepotencia rusa, debida en gran parte á una muger pobre y desgraciada.

La Livonia, bañada por el golfo de su nombre, cuyas aguas envia el Báltico, es además de una de las mas fértiles provincias del Norte, la que nos ha legado un abundoso caudal de recuerdos históricos, y cuyo suelo destila aun la sangre que tantas veces han regado en luchas encarnizadas los rusos, los suecos y prusianos, dueños del mismo en diferentes tiempos.

Mariemburgo, una de plazas mas fuertes de la Livonia, contenia en sus arrabales una casita de pobrisimo aspecto sin que el interior desdijera de la fachada.

En el momento á que nos referimos podia disculparse el desorden doméstico que reinaba interiormente. El dueño de la casa, honrado sacristan de la parroquia, se hallaba moribundo. A su lado lloraba una jóven de trece años. Contemplábala el enfermo, y apretándola la mano como si en aquella demostracion cariñosa tratara de espresar la vehemencia de su ternura hácia el ángel de bondad que no se habia separado un momento de la cabecera de su cama, indicó se sentára, y haciendo un esfuerzo por incorporarse un poco y poder hablarla con mas dignidad en aquel momento supremo

—Marta, la dijo con un acento de dolor que estremecía tu padre Juan Rabé, contra maestre del regimiento sueco de Afsborg, murió el año de 1684 en Germunared, lugar de tu nacimiento. Tu pobre madre marchó entonces á la Livonia, donde te dejó huérfana al año siguiente, en que solo contabas tres de vida. Pobre, y sin mas amparo que Dios en el mundo, te recogí para compartir contigo mi escaso sustento, y recompensar en tí la virtud de la mas digna de las madres. Pero Dios quiere sin duda privarte de mi débil apoyo y que vuelvas á verte otra vez sumida en triste horfandad... Si, hija mia.... voy á morir y bien sabe el cielo que no tengo otro sentimiento que el de dejarte sola, desamparada, cuando ni pueden ganar tus fuerzas el necesario alimento, ni te queda otro recurso que la Providencia. ¡Si te está reservada la muerte, no la temas, hija mia... ¡Es tan dulce morir al pobre que se vé solo en el mundo! ¿Qué me importaria la muerte sino fuera por tí? ¿sino me atormentara la idea de que tendrás que mendigar?... ¿pero qué digo?... También son hijos de Dios los pobres, y herederos de su gloria, si aman la virtud en medio de su pobreza.... La virtud es la unica herencia que te dejo.... Sigue constante su áspero camino, y espera en Dios que vela por sus criaturas... Este lecho es el único bien que me pertenece.... Este es el solo lote que se hará de mis bienes, y que nadie irá á buscar; porque nadie me dispensará el honor de la trizna.... (1)

El estado de postracion del enfermo abatió su espíritu, y le faltaron las fuerzas para continuar. Cayó exánime, y Marta se le quedó abrazada.

A pocos momentos solo estrechaba su cadáver.

#### II.

La Providencia habia velado por Marta.

Ernesto Glurck, clérigo luterano de Mariemburgo, la recogió en su casa. Las bellisimas prendas que adornaban á Marta, conquistaron el afecto del generoso Ernesto y el de sus hijas, jóvenes como la pobre huérfana. Considerada por

(1) El uso de la trizna subsiste en Rusia aunque modificado.

Permanecía el cadáver de un hombre uno ó dos meses entre sus parientes ó amigos: si era persona de distincion se esperaba hasta los seis para quemarle. Entre tanto se bebía y jugaba. El día de la quema del cadáver se hacían varios lotes de sus efectos, y se collocaban en lugares mas ó menos distantes de la casa del difunto. El principal muy lejos, y el menor mas cerca de la casa. Reunidos en esta á caballo los citados, partían á la carrera, y se apoderaban de ellos segun los alcanzaban. Distribuidos así todos los efectos del difunto se quemaba su cadáver.



ellas como hermana, recibió como ellas las escasas lecciones que constituían entonces la educación de la mujer, reducida á poco mas que á bailar.

Tenia 18 años, y era Marta tipo de la belleza juvenil y de la gracia. Sus ojos, siempre inquietos, manifestaban la viveza de su imaginación, y su entendimiento despejado. Su constante buen humor y la sonrisa que jamás desaparecía de sus labios la atraían las simpatías de cuantos la trataban. Caritativa y benéfica con todos, jamás olvidó lo que debía á la caridad.

Hallábase por entonces en Mariemburgo un caballero que por su porte demostraba ser personaje principal. Desconocido de todos, solo se sabía que era ruso, y se llamaba Moens. Había visto á Marta, y se apasionó de ella. La aristocrática vanidad le hacía medir la distancia que entre ambos mediaba. Podía ser su esclava, y no su esposa. Trató de comprar su afecto y fué rechazado. Herido entonces en lo mas íntimo de su orgullo, concibió un plan, cuya ejecución le facilitó una circunstancia imprevista.

Estaba una noche á la puerta de la casa de Ernesto, esperando la salida de un criado para concertar con él su proyecto, cuando se acercó un militar preguntando por el clérigo, y si tenía en su compañía á la hija de Juan Rabé, para quien conducía una carta de su hermano, que servía en el ejército ruso. Comprendiendo Moens, lo que podría favorecer sus planes este descubrimiento, contestó al mensajero como si fuera de la casa, y recibió de él la carta, dándole en cambio algunas monedas de oro, y enviándole á alojarse á su aposento.

Moens vió en la carta, que el hermano de Marta, sabedor de la muerte del sacristán y de la caridad de Ernesto, la escribía participando su residencia, para que se le uniera si volvía á encontrarse sola. Informábala luego de su vida en tanto tiempo como había transcurrido sin tener de él noticia, pues se hizo soldado antes de la muerte de su madre, y terminaba manifestando la casualidad á que debía el saber de la situación de Marta.

Acabado que hubo Moens la lectura de esta carta, ocurriósele un pensamiento infernal, y escribió al punto la siguiente:

«Querida hermana: solo tenías dos años cuando me alisté en el ejército. Entregado á mi suerte, he venido á parar á la Rusia, donde me hallo de jefe de un regimiento, y querido del czar. Sé tus desgracias, y decidido á terminirlas, te facilitará el dador el oro que necesites para venirte con él y otro amigo mío que le acompaña, y te unas con tu hermano, de quien no te volverás á separar, y con quien recordarás á nuestra amorosa madre y á tus bienhechores, á los cuales dejarás una buena memoria de mi parte. Tu adorado hermano—Alejo Rabé.»

Disfrazado Moens con un traje igual al que llevaba el mensajero y desfigurándose cuanto pudo, se presentó al día siguiente con él en casa de Ernesto. Recibió éste la carta de manos de Moens, y no bien la hubo leído, cuando lleno de gozo llamó á Marta, y la manifestó la causa de su alegría.

Difícil es describir la que todos sintieron.

Ernesto, cuyos nobles y generosos sentimientos solo le hacían ver la felicidad de Marta, gozaba de antemano en el brillante porvenir de su protegida. La quisiera siempre á su lado, pero se separaba por su bien y dominaba este deseo.

No experimentaba Marta tanto gozo por su inesperada

dicha, como por saber de un hermano á quien no conocía y cuya memoria apenas conservaba, por creerle muerto, como la habían dicho las pocas veces que la hablaban de él.

Las hijas de Ernesto se alegraban viendo á los demás alegres; y Moens al ver asegurado su infame plan, reprimía con dificultad su júbilo.

El soldado mensajero era el único testigo mudo é indiferente de aquella escena.

Satisfecho por Moens el turbión de preguntas que Ernesto y Marta hacían sobre Alejo tratóse del viaje, que facilitó y abrevió el oro del caballero ruso.

### III.

Pocos días después del anterior suceso salían de Mariemburgo, Marta, Moens, un criado de este, y el soldado que enviara Alejo.

Tomaron el camino del Norte que conducía á Moscou, á donde llevaba Moens á Marta, para disponer allí de ella como su señor.

Satisfecho Moens de la facilidad con que había conseguido apoderarse de la joven huérfana, empezaba á impacientarle la idea de que todavía necesitaba cerca de un mes para llegar á Moscou, y por consecuencia para ser dueño de la engañada Marta. Aguijoneado por un impuro deseo, y comprendiendo que nada podía oponerse á su voluntad, varió de carruaje en una parada de postas, á fin de ir solo con Marta en uno, y detrás su criado y el mensajero.

Hecho el relevo esperaba Marta en el carruaje la subida de sus tres acompañantes. Pero al ver que lo hacía solo el primero y que mandaba el galope, que emprendieron al instante los caballos, se alarmó confirmando en las sospechas que ya le infundía su desconocido, y empezó á gritar desesperadamente al ver que desechando Moens su disfraz, demostró claramente su inicuo intento. Horrible fué la lucha que se trabó entonces. Ahogada violentamente la voz de Marta, bregaba con varonil esfuerzo por inutilizar á su bárbaro seductor. La infeliz, sin embargo, agotaba en vano sus fuerzas. Cansado también su espíritu, y presintiendo que la abandonaba, por evitar ser presa de Moens, intentó arrojarle por la portezuela, prefiriendo la muerte á su deshonor.... Pero ni aun este recurso la quedaba. Contúvola Moens, é impidió su suicidio. Viéndose sin esperanza en tan horrible situación cayó desmayada;

¡Infeliz!....

Iba Moens á conseguir su objeto, y sonreía bárbaramente á la vista de su inocente víctima. Al ir á estampar un beso impúdico en los virginales y pálidos labios de Marta, una fuerte detonación le detuvo; asómase á la portezuela; se para el carruaje, y vé á varios que le rodeaban abrir la portezuela, y que exigen bruscamente su bajada y la de Marta.

Aquellos hombres que parecían enviados de Dios para salvar la inocente virtud de la joven, eran una partida de soldados rusos que merodeando por aquel país, en guerra entonces, se había destacado del resto de las fuerzas, y robaba y atropellaba á cuantas personas salían de Mariemburgo, en poder á la sazón de sus enemigos los prusianos.

Cogieron en brazos á la desmayada joven y apoderados de los demás, fueron todos conducidos al vivac que tenían en lo abrigado de un monte.



## IV.

Cuando Marta volvió en sí, y se halló bajo la salvaguardia de aquellos soldados, imploró su protección, poniéndose de rodillas ante el que había de jefe, que pertenecía á la misma clase que sus compañeros.

La hermosura y la desgracia, que siempre ejercen influencia aun en las almas mas bajas, conmovieron profundamente las de aquellos toscos soldados, y con especialidad la de Partsevich que así se llamaba el que les dirigía.

Moens, á quien su cualidad de noble ruso nada le hacia temer de aquellos soldados, se esforzaba en que le reconocieran su gerarquía para dominarles, sacar de su poder á Marta y continuar con ella su viage. Todo su deseo se cifraba en que le presentaran á un jefe, quien al instante le conoceria.

Convenia á los soldados desatender la elevada clase de Moens, pero temian su venganza, y fluctuaban entre el temor y el deseo de deshacerse de él.

Marta era la que en tanto padecia infinito; sin un verdadero amigo que la salvara, concibió un proyecto que ejecutó la misma noche.

Dormian todos, y ella velaba; y prefiriendo el morir en los desiertos de aquel país árido y triste á vivir en tan cruel zozobra, aprovechó una ocasión favorable, y se fugó corriendo á la ventura por terrenos desconocidos.

Sentida de todos fué su pérdida á la mañana siguiente. Disponíanse á buscarla, cuando oyendo ruido de muchas pisadas, vieron á poco dirigirse hacia ellos un grueso destacamento de prusianos que empezó á hacerles fuego y les dispersó causándoles algunos muertos. Se apoderaron los agresores del vivac, y celebraron su triunfo repartiendo el botín.

De Moens, de su criado y del mensajero nada se supo.

Marta en tanto vagaba sola por campos inhabitados. A las pocas horas habíala rendido el cansancio y el hambre.

Hallábase entonces en la cumbre de una elevada montaña á donde había subido por ver si distinguía algun camino que la condujera á poblacion conocida. Cuando llegaba á la eminencia con la esperanza de vislumbrar desde ella el puerto de su salvacion, cayó abismada al presentarse ante su vista el panorama mas horrible que podia presentar la naturaleza.

Los límites del monte á donde se asomó, eran un profundo abismo, mansión perenne de siniestras aves. En el inmenso espacio que presentaba el horizonte, solo se veian escarpadas rocas, altas eminencias coronadas de eterna nieve, y profundidades sin fin á donde caian continuamente las inmensas moles de hielo y piedra que se desgajaban de aquellas montañas sin color, cuyas grietas jamás abrigaron ni la raiz mas endurecida. Allí, ni había tierra, ni vegetacion, ni pródiga naturaleza. Ni aun de las fieras podia ser mansion aquel terreno ingrato. Solo algunas aves horribles y desconocidas, hallaban en las grietas y profundidades de aquellas rocas heladas, alguna dura raiz con que alimentarse.

El abatido espíritu de Marta cerró su corazón á toda esperanza; sin ver en su torno mas que la muerte, empezó á ofender á Dios deseándola.

(Se continuará).

A. PIRALA.

## NOTICIA HISTORICA

## SOBRE LAS CORRIDAS DE TOROS.

La naturaleza ha dotado á nuestra Península con fieras reses sostenidas por sabrosos y abundantes pastos. La naturaleza misma ha dado á los españoles el valor y destreza que les caracterizan; natural era la lucha entre los toros y los hombres, á que les convidaba el instinto feroz á los unos, á los otros la necesidad y valentía. Que existen toros en nuestro suelo desde los mas remotos tiempos, es indudable. Los primeros pueblos que habitaron la España hacian ya uso de ellos en sus festines y sacrificios. Los autores antiguos mencionan la rara habilidad que para cogerlos con lazos tenian los habitantes del territorio de la primitiva Cádiz. Así, pues, ó para evadir el peligro, ó para demostrar valor, ó para adquirir el sustento necesario, se alejarian los hombres de ellos en los primeros siglos, ó les perseguirian, ya á pie, ya á caballo.

Se cree que Rodrigo Díaz de Vivar, ó el Cid Campeador, fué el primero que alanceó toros á caballo: opinion dudosa á no ser mero hecho de valor, si creemos á los historiadores, que hablando unos del reinado de Alonso VI, y otros del VIII, en el siglo XI, aseguran que el pueblo español no tenia otras fiestas públicas que el poner dos cerdos en parage cercado, con dos hombres vendados de ojos, los cuales solian apalearse en vez de dar con un palo al cerdo, que ganaban para si en tocándole.

Tampoco se está acorde sobre el año en que se corrieron toros por primera vez, señalando unos el de 1100, y otros el de 1140. Mas callan las conjeturas y empieza á hablar la historia en el año de 1124, en que se mencionan fiestas de toros en Saldaña por las bodas de Alfonso VII con doña Berenguela, hija del conde de Barcelona. Igualmente se corrieron toros en Leon, por el casamiento de don Garcia de Navarra con doña Urraca, hija de Alfonso VIII; pero consistirian ambas en correr las gentes á la embestida de la fiera quizá enmaromada, sin las suertes y peligros de hoy dia.

El código de las Siete Partidas cuenta ya entre los espectáculos ó juegos públicos la corrida de toros, y la incluye entre aquellos á que no deben asistir los *perlados*. Y parece que en aquel tiempo solo tomaban parte en ellas las personas viles, pues coloca entre los infames á los que lidian con fieras bravas para ganar dinero. Pero á últimos del siglo XIII, (en que se deduce de un documento antiguo que había en Valladolid sitio para correr toros), y á principios del XIV, se ejercitaron en ellos los caballeros, como vemos por la crónica del conde de Buelna, en que hablando el cronista del valor de su héroe, que se distinguió en las justas celebradas en Sevilla para recibir y festejar á Enrique III, que venia del sitio de Gijón, dice: «*E algunos corrian toros, en los cuales non fué ninguno que tanto se esmerase con ellos, así á pie como á caballo, esperándolos, poniéndose á gran peligro con ellos, é faciendo golpes de espada tales, que todos eran mara-villados.*»

Cuando, segun Zurita, formaron nueva época las fiestas de toros fué en el reinado de don Juan II, en que se cree empezaron á construirse las plazas, y remontan muchos á aquellos tiempos la antigua de Madrid. Y efectivamente, en las bodas





de este monarca con doña Maria de Aragon, en 20 de octubre de 1418, hubo en Medina del Campo fiestas de toros; y se hallan tambien mencionadas en los regocijos públicos y diversiones con que el condestable señor de Escalona celebró la presencia de don Juan II, en esta villa, de que acababa de hacerle merced. En los años siguientes á pesar del turbulento reinado de Enrique IV, fué siempre progresando la afición á las corridas de toros, la que en tiempo de los reyes Católicos estaba tan arraigada que ni la misma piadosa doña Isabel se atrevió á prohibirlos. Así se deduce de una carta que en 1498 escribió á su confesor Fray Hernando de Talavera, en que dice: *De los toros senti lo que vos decis, aunque no alcancé tanto; mas luego allí propuse con toda determinacion de nunca verlos en toda mi vida, ni ser en que se corran; y no digo defenderlos* (esto es, prohibirlos) *porque esto no era para mí á solas.* Gonzalo Fernandez de Oviedo consigna el horror con que aquella magnánima señora vió una de estas fiestas; y temiendo los cortesanos que las proscribiese, inventaron el arbitrio de envainar las astas de los toros en otras mas grandes, para que vueltas las puntas adentro, se templase el golpe y no resultase herida penetrante.

No estuvieron menos en auge las corridas de toros durante el reinado de Carlos V, hasta tal grado, que el mismo emperador á pesar de ser extranjero, y carecer por lo tanto de la afición del pais, mató un toro en la plaza de Valladolid, en celebridad del nacimiento de su hijo Felipe II. Fué este tambien aficionado á lancear y estoquear á las fieras desde su caballo, y aunque no mencionan los historiadores que lo hiciese con toro alguno, consta por escritos coetáneos, que mostró un valor extraordinario matando jabalies. Fama de rejoneador valiente adquirió tambien el conquistador del Perú, Pizarro, y por el mismo tiempo, se habla de un caballero jerezano llamado por excelencia *el toreador*, por que los caballeros en este tiempo eran los que toreaban como luego veremos, y prueba la celebridad de don Diego Ramirez de Haro, quien embestia á los toros *cara á cara y á galope, y sin anteojos ni banda el caballo.*

Muy aficionado al rejoneo de toros fué tambien Felipe III, que renovó y perfeccionó en 1619 la plaza de Madrid; de la misma manera que su sucesor Felipe IV, quien hirió muchas de aquellas fieras, casi siempre en partidas de caza. Menguó algun tanto la afición á las corridas de toros, despues del reinado de Carlos II, con la venida de la dinastía Borbónica, por no ser muy aficionado á ellas Felipe V, si bien únicamente hubo toros en 30 de julio de 1723, á los que asistió en la plaza mayor de Madrid, y despues alguna que otra vez en Sevilla, San Ildefonso, etc. Hubo tambien corridas en 1749, en que se estrenó con gran pompa y lucimiento la actual plaza de toros de Madrid; en 1760, 63 y siguientes en que se dieron no solo en la corte, sino tambien en Sevilla, Valladolid, Granada y otras ciudades de España. Pero Carlos III prohibió en 1785 las fiestas de toros de muerte; y Carlos IV las volvió á prohibir, del mismo modo que el abuso de correr por las calles novillos y toros de cuerda. No obstante nuevo incremento recibió este arte desde que se fundó una escuela tauromáquica en el reinado de Fernando VII, resultado de la necesidad de aprenderle con reglas fijas y ciertas, que exigian los muchos tratados de tauromaquia, impresos desde el siglo XVII hasta principios del nuestro. Establecióse en Sevilla por decreto de 28 de mayo de 1830, asignándose al maestro 42,000 rs. anuales, 8,000 á un ayudante, y 2,000 á cada uno de los diez alumnos de que debia constar. Fué empero supri-

mida esta creacion en 1834, considerando que sin mas enseñanza que la práctica, y sin otro estímulo que las crecidas gratificaciones que proporciona tan arriesgada empresa, nunca han faltado en España lidiadores ágiles y diestros.

Visto el origen y vicisitudes de las corridas de toros, debemos consignar, aunque brevemente, los progresos en el arte ó lidia verdadera. Los españoles metodizaron con el trato de los árabes ó moros los juegos de cañas, las justas y los torneos.

Del mismo modo imitaron sus corridas de toros en que se ejercitaban mas á menudo que los cristianos y á manera de las luchas con los leones del Africa. Las paredes de la Alhambra y otros edificios de su tiempo nos presentan pintados combates de hombres con leones y otras terribles fieras. No falta quien diga que los moros fueron los primeros en luchar de propósito con toros en lugar cercado, para demostrar su valor, sangre fria, agilidad y destreza. Que Toledo, Córdoba, Sevilla y otras ciudades moras de España, vieron en su recinto estos espectáculos favorecidos con la presencia de las damas, cual si fuesen empresas caballerescas, justas y torneos, tambien hay quien lo pretende. Pero sea de todo esto lo que fuere, y á pesar de infamar las Partidas á los que tomaban parte en estas luchas, punto que aclararemos, parece cierto que se tardaria algun tiempo en darse en parage bien cercado este espectáculo, puesto que en unas fiestas del rey Chico de Granada, mató un toro cinco ó seis personas, y atropelló mas de cincuenta.

En un principio solo fueron caballeros y ricos hombres los que se ejercitaban en las fiestas de toros delante de los reyes, sin otro estudio que el valor, arrojo, y temeridad algunas veces. De estas dotes hacian alarde, lo mismo que de ser buenos ginetes, puesto que en la destreza de manejar bien el caballo, consistia entonces el salir ileso de la lucha y áiroso de la empresa. En las primeras corridas de toros usaron los caballeros de lanzas de doce palmos de largo: los lanzones enormes por su largura y peso, de que tenemos ejemplares en la real armería solo servian para guerrear con los moros. En las corridas del año 1723 se usaron unas lancillas de diez y seis palmos de largo, pero que no herian tanto como los rejonos antiguos, los cuales muy larga y sesgada su punta, no era extraño mataran al toro al primer rejonazo. Las varas ó picas de hoy dia sirven mas bien para alargar la fiesta con su suerte, martirizando á la fiera, que no para hierirla mortalmente. Ni hubo nunca número fijo de caballeros para torear, que tenian un padrino cada uno y por lo regular grande de España, cual sucede todavia con los *caballeros en plaza* de nuestros toros reales; ni estaba nadie asalariado, sino únicamente algunas personas, que cuando no lo hacian esclavos moros ó negros, desjarretaban los toros y los acababan de matar con chuzos y estoques desde los tablados. Pero cuando de mero valor y gallardia pasó la lidia de toros á ser arte, observando la intencion de la fiera, de qué asta corneaba mas, si desarmaba alto ó bajo, y otras reglas por el estilo, entonces aparecieron los toreros de oficio. Y cabe aqui notar que sin duda alguna colocaban las Partidas entre los infames los que por salario mataban las fieras, no con nobleza y valor, sino á traicion y ensañándose en descuartizarlo como lo hacian despues de haber luchado con ellas los caballeros.

Capeábanse tambien los toros en las corridas de á fines de la edad media, imitando en esto á los moros andaluces que lo hacian con sus albornoces. Aparecieron poco á poco



los chulos, y la desusada suerte de la lanzada á pie, lo mismo que el poner las banderillas, llamadas *harpones*, y que á principios del siglo pasado se ponian solo una cada vez y no á pares. Por los años de 1726 se asegura que Francisco Romero el de la Ronda, usó de la muletilla aguardando el toro cara á cara y á pie firme, pero vestido con calzon y colete de ante, correon ceñido y mangas atacadas de terciopelo negro para resistir las cornadas. Mas como se probó despues que no la resistencia, sino la costumbre, agilidad y destreza, era la verdadera defensa de la fiera, de aqui es que á mediados del último siglo vestian ya los toreros de tafetan y de seda. No obstante continuaron los picadores llevando unos gruesos botines de ante, llamados en un principio *espinilleras*, y despues *calcetons* para reservar de la cornada, y principalmente de los restregones de los tablados á que está espuesta la pierna izquierda cuando acontece la suerte junto á la barrera, asi como la derecha lo está siempre á las astas del toro. Por los mismos años del reinado de Felipe V parece empezó la suerte de espada á pié ó estoquear al toro, que requiere efectivamente un valor y sangre fria á toda prueba, de que blasonaron en otros tiempos los Romeros, Lorenzillo, Cándido, Melchor, Mantineho, Diego del Alamo, Rodriguez, Costillares, Pepeillo, y otros; y actualmente Montes, Cúchares, el Chiclanero y el Salamanquino.

Nada hemos dicho sobre si las fiestas de toros merecian ó no las censuras eclesiásticas, que fulminó Pio V con pena de excomunion *ipso facto incurrenda*, á los principes que permitian lidiar toros y otras fieras, á los que los lidien, y á los clérigos que lo presencien. Se levantó solo para los seglares por Clemente VIII; pero continuaron mal miradas por la Iglesia, puesto que estimulan los instintos de combatividad y destructividad tan desarrollados en nuestra península, acostumbran á los espectadores al derramamiento de sangre, y á la insensibilidad precursora del homicidio, mientras se saborean con las últimas convulsiones de animales espirantes.

Tampoco dilucidaremos la cuestion sobre si hubo ó no fundamento para la fundacion del *colegio de Tauromaquia* en 1830, censurada en toda Europa, formando gran contraste con la real órden que pocos meses despues mandó despedir los alumnos cerrando las universidades. Solo nos hemos propuesto dar una idea del origen y vicisitudes que han tenido en España las corridas de toros, teniendo presente lo que han dicho varios escritores de todos tiempos, orillando las cuestiones que con los aficionados y enemigos de ellos, sobre su utilidad ó inutilidad, bienes ó perjuicios que resultan, pudieran suscitarse.

FLORENCIO JANER.

## GEOGRAFIA PINTORESCA.

INDOSTAN.



Monumento cerca de Benarés.